

12 arte.



AD. GENERAL  
DE FISCALIA

Cubierta de este número:

FELISA HERREI  
y  
EMILIO SAGI-BAR  
en  
LA ROSA DEL AZAFR

FEDERICO ROMERO  
Y  
G. FERNANDEZ SHAW

# LA ROSA DEL AZAFRAN

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y SEIS CUADROS.  
INSPIRADA EN UNA OBRA CLASICA

MUSICA DEL MAESTRO  
JACINTO GUERRERO

*Representada por primera vez, en el Teatro Calderón,  
de Madrid, el 14 de marzo de 1930*

DIBUJOS DE GARRAN



LA FARSA

AÑO IV | 12 DE JULIO DE 1930 | NUM. 148  
MADRID

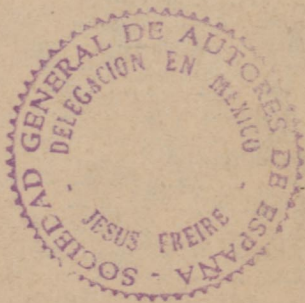


SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE ESPAÑA

DELEGACION EN MEXICO

Av. Col. del Valle No. 634 México 12, D. F.

*A JUAN IGNACIO LUCA  
DE TENA.*



SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE ESPAÑA

DELEGACION EN MEXICO

Av. Col. del Valle No. 634 México 12, D. F.

# REPARTO

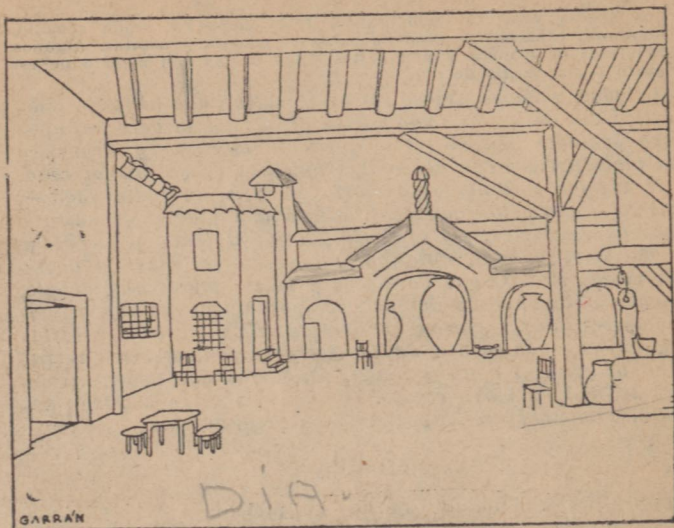
## PERSONAJES

Sagrario... *Pepita* .....  
 Catalina... *Chiquito* .....  
 La Custodia... *Ensueto* .....  
 La Dominica... *Margota* .....  
 Lorenza... *Mama Luisa* .....  
 Juan Pedro... .....  
 Don Generoso... .....  
 Moniquito... *Marta* .....  
 Carracuca... *Torres* .....  
 Miguel... *Castilla* .....  
 Julián... *Sabat* .....  
 Micel... .....  
 Quilino... .....  
 Carmelo... .....  
 Francisco... .....  
 Un mendigo... .....  
 Gañán 1.º... .....  
 Gañán 2.º... .....  
 El de la guitarra... .....  
 Mozo 1.º... .....  
 Mozo 2.º... .....  
 Chico 1.º... .....  
 Chico 2.º... .....  
 Chico 3.º... .....

## ACTORES

Srta. Herrero. *Jara*  
 Sra. Téllez. *Muell*  
 " Galindo. *don*  
 Srta. Méndez. *don*  
 " Escrich. *don*  
 Sr. Sagi Barba. *don*  
 " González (don Valentí)  
 " Cuevas. *don*  
 " Alba. *don*  
 " Palomo. *don*  
 " Pros. *don*  
 " Carrasco. *don*  
 " Delgado. *don*  
 " Pardiñas. *don*  
 " Larrica. *don*  
 " Ramírez. *don*  
 " Mantilla. *don*  
 " Fernández. *don*  
 " Rueda. *don*  
 " Seva. *don*  
 " Rueda. *don*  
 Niño Sanz.  
 " Torre.  
 " Navarro.

Mozas, mozos, gañanes y espigadoras.  
 La acción en un lugar de la Mancha. Año 186...



## ACTO PRIMERO

### CUADRO PRIMERO

Patio exterior de una casa de labradores acomodados. En primer término del lateral derecho, porche de entrada—desde la calle—en forma de arco, sin puertas, que se suponen en el fondo del porche. Sobre éste, una o dos ventanitas rectangulares y apaisadas, cerradas por una fina tela metálica. A continuación, cuerpo del edificio principal, que avanza, ocupando un tercio del patio. En la planta baja presenta, frente al público, una ventana con reja, y en la pared perpendicular, una puerta trasera, con el umbral algo elevado del suelo. En el foro enlaza con el anterior edificio un arco que une aquél con un porche calado, dentro del cual hay dos grandes tinajas de vino. Al través del arco y de las tinajas se ve el patio de carros de la finca, y en él, galeras y carros de lanza. En el lateral izquierdo, puerta abierta de la cuadra, en primer término; a continuación, el brocal de un pozo y después la puertecilla de un pajar. En la planta alta de este lateral, ventanitas similares a las del derecho, y sobre la puerta del pajar, una piquera. Todos los elementos descritos en la planta baja son practicables.

Junto al pozo, un zaque abierto y unido a la sogá, que cuelga de la polea. Por la escena están distribuidos discretamente algu-

nos aperos y útiles de labranza, tales como un arado romano, una toza, cachos de esparto, mazo de madera y mantas. Algunos taburetes de madera y una o dos sillas bastas con asiento de esparto trenzado. Es de día.

(Criados, gañanes y pastores están celebrando la fiesta onomástica del amo, formando varios grupos. A la derecha, aparecen sentados Micael (el mayoral de la casa) y Francisco (un viejo pastor) con dos o tres hombres de su misma edad. A la izquierda—sentados también, pero en el santo suelo—, Quilino y Carmelo (gañanes). Rodeándoles, de pie, cuatro o cinco gañanes más. En el centro, hacia el fondo y alrededor de una mesita baja, Catalina y Lorenza (criadas) y dos o tres mozas más. Grupo de mozas y mozos labradores, de pie, relleno los huecos del cuadro, por detrás de los grupos principales. Todos comen melones, sandías, garbanzos tostados, anises, mantecados de la tierra y pan. Beben "zurra" (vino blanco con agua y limón) en jarras que llenan en un gran lebrillo de barro cocido. Dos parejas están bailando seguidillas manchegas. Un gañán toca la guitarra.)

101. Coro 2  
MUSICA

CATALINA.

Aunque soy de la Mancha  
no mancho a nadie;  
más de cuatro quisieran  
tener mi sangre.  
Y el estribillo: —  
que no hay chocolatera  
sin molinillo.

(Cesa el baile, como es costumbre, al terminar la copla, y coincide con la salida de Custodia, mujer de unos cincuenta años, que saca una sartén de patas llena de chocolate.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

CUSTODIA.—Hermano Micael, ¿quiere usted chocolate?

MICAEL.—Dáselo a los mocetes, que el chocolate no es de mi quinta. ¿Verdá tú, Francisco?

FRANCIS.—A nosotros, "zurra".

MICAEL.—Y si le quitaran el agua, mejor.

CUSTODIA.—¡Ea, pues tomar!... (A los del grupo de la izquierda, dejándoles la sartén en el suelo.)

QUILINO.—Y esto ¿se come con cuchara?

CUSTODIA.—En no metiendo los hocicos, con lo que queráis.

(Unos, en efecto, extraen el chocolate de la sartén con una cuchara; otros cortan trozos de pan, que pinchan con sus grandes navajas, mojando el pan en la sartén.)



CANTADO

J. PEDRO.

*(Dentro, por el fondo.)*

Aunque soy forastero,  
rondo en la villa.  
No me digas, morena,  
que es culpa mía,  
¡Qué culpa tengo  
de que me hayan querido  
— tus ojos negros!

HABLADO SOBRE LA MUSICA

CUSTODIA.—Mira el ayudaor cómo se aplica

LORENZA.—Con su intención la canta.

CATALINA.—Cállate ya.

LORENZA.—¿Es un secreto?

CUSTODIA.—¡Que se me haiga escapao a mí!

CARMELO.—*(Al de la guitarra.)* ¡Pintarruecas! ¿Se le ha caído  
bao la cuerda a la María Antonia?

QUILINO.—Ties razón. ¡Venga otra' manchega!

EL DE LA GUIT.—¡Allá va!

*(Durante el rasgueo de la guitarra y antes de empezar el  
baile, vuelve a oírse la voz de Juan Pedro.)*

CANTADO

J. PEDRO.

*(Dentro.)*

No le digas a nadie  
que nos queremos,  
porque todo se vuelven  
chismes y cuentos.  
— Tú no lo dices,  
— y el que quiera saberlo  
que lo adivine.

*(Empieza el baile otra vez.)*

CATALINA.

De qué me vale, amigo,  
que yo me calle,  
si tú lo vas diciendo  
por toas partes.  
— Y aunque callaras,  
— te lo conocerían  
en la mirada.

TODOS.

Desde Manzanaritos  
a La Solana  
hay una legüecita

de tierra llana.  
No hay una yegua  
que en menos de dos horas  
se ande esa legua.

## HABLADO

CUSTODIA.—Y basta ya de bailoteo, galanes. Aliviar con el chocolate. Usté, hermano Francisco, tendrá que dirse con el hato. Vosotros (*A los gañanes.*), a preparar lo vuestro pa la dimudación, que bien sé que este San Miguel sos vais a otra casa... por ganar más soldá, que más honra' no podéis ganar en denguna. Y vosotras (*A las criadas.*), a recogerlo too, que la Sagrario, vuestra ama, se hallará repisa de haberos dao tanta manga ancha.

MICHAEL.—Y a tí, so licenciá, que no eres más que una licenciá, ¿quién te ha dao el báculo y la mitra' pa que mandes aquí como un cabo melitar?

CUSTODIA.—Pues, mira tú: mi apego a la casa, que aquí (*El pecho.*) se ha alimentao la' Sagrario más de deinueve meses, y ya sabe usté que en esta casa no se hace matanza, ni cochura, ni fiesta, ni duelo sin que venga a dirigirlo too la' Custodia.

FRANCIS.—Ni en esta casa ni en denguna. Donde no te llaman pa que fregues, te avisan pa que des friegas.

CATALINA.—Ese es su fuerte: la' medecina.

(*Por la derecha entra Carracúca, tipo de gañán o pastor, con abarcas y montera de piel.*)

CARRAC.—¿Anda por aquí la hermana' Custodia?

MICHAEL.—Ahí la ties, hombre.

CARRAC.—Hermana Custodia, acérquese usté por mi casa, que a la Gertrudis la ha güelto a dar el histérico. Y güenas tardes.

CUSTODIA.—¿Pues no te habías apañao con Moniquito?

CARRAC.—Y sí que había mejorao la Gertrudis desde que Moniquito nos llevó a San Roque; pero esta' tarde se ha liao a patás con toos nosotros, y si Moniquito no se lleva a San Roque, no sé lo que hubiera pasao.

CATALINA.—Hay que ver lo que está sufriendo la pobre.

CARRAC.—Ande usté, hermana Custodia. Que si me se muere la Gertrudis, ¿qué hago yo con cinco creaturas?

CUSTODIA.—Allá voy, hombre. No debía dir, porque me has abandonao el tratamiento.

CARRAC.—Es que... Yo por lo de las cataplasmas de merengue había pasao, y tampoco le puse reparos a las friegas de vino con sesos de burraca; pero se pone usté a recetar baños

de inmersión, y me ha dicho el boticario que eso hay que encargarlo a Madrí.

*(Aparece por la derecha Moniquito, joven santero de la ermita de San Roque. Trae al costado izquierdo una urna con un San Roque.)*

MONIQ.—¡Ea, buenas tardes! ¿Ya estás aquí, Carracuca?

CARRAC.—Y ¿qué le voy a hacer, Moniquito? Si me se muere la Gertrudis es un desavío. Y como San Roque se ha declarado incompetente...

MONIQ.—¿Qué has dicho, ateo? ¡Gracias a que dentro de la urna! no te oye; pero si le abriera el postigo te echaba el perro.

CATALINA.—Y ¿de verdá San Roque es milagroso?

MONIQ.—Que sí es...

CUSTODIA.—Que lo diga la Gertrudis.

CATALINA.—¡Pobrecilla!

MONIQ.—¡Menudo milagro ha hecho esta mesma tarde!

CARRAC.—¿Después de dirme yo?

MONIQ.—¡Antes! ¿Tú no has visto que no hice más que entrar en tu casa y me lo llevé? Pues es que el santo, así que vido a la Gertrudis con el ataque, me guiñó un ojo, como diciéndome: ¡Amonos de aquí, que la mato! Y ties mujer entavía, porque nos hemos dío.

CARRAC.—Hermana Custodia, amos pa' allá, que, aunque éste dice que tengo mujer, lo que tenía hace un rato era una devanadera con patas.

CUSTODIA.—Amos... Yo me creo que en cuanto le pongamos unas compresas de aceite de alvellanas...

MONIQ.—Yo que usté le pondría una cincha.

CUSTODIA.—¿Qué sabes tú, sancristán? Ahí sos quedáis.

CARRAC.—¡Adiós!

*(Mutis, por la derecha, de Custodia y Carracuca.)*

MONIQ.—Y ¿qué es lo que se celebra?

CATALINA.—El santo del amo.

MONIQ.—¡Sobar! Ties razón.

CATALINA.—¿Quiés un vaso?

MONIQ.—¿Un vaso o un beso?

CATALINA.—A elegir.

MONIQ.—El vaso p'al hermano Micael, que es mu refrescaor.

CATALINA.—Pues el beso que te lo dé el hermano Francisco.

MONIQ.—Mira' que eres adusta, Catalinilla. Con las veces que te he dicho que te quiero, que te adoro y que te amo.

CATALINA.—Pero ¿qué voy a hacer yo con un hombre tan filomeno?

MONIQ.—Pue que no te faltara que hacer.

LORENZA.—Pues con ésta no ligas como no haga San Roque un milagro.

MICAEL.—Pero si creo que ni siquiera es San Roque, que a mí me han dicho que lo cogiste de un nacimiento y representaba un pastor de Belén.

MONIQ.—(*Exhibiendo al santo.*) ¿Tie cara de pastor este santo? Si talmente paece un general.

FRANCIS.—¿Y el perro? ¿No paece una' cabra?

MONIQ.—Al perro no le falta más que ladrar pa ser una ptesona.

(*Dentro, por la derecha, se oyen voces infantiles, unísonas.*)

VOCES.—¡Un, dos, un, dos, un, dos!...

DON GENER.—(*Dentro.*) ¡Alto! ¡Al...!

MONIQ.—¿Qué te paece?

CATALINA.—Don Generoso con el ejército carlista.

DON GENER.—(*Dentro.*) ¡Soldados de la lealtad! No olvidéis nuestro lema: patria y religión. ¡Muera Espartero!

VOCES.—¡Muera!

DON GENER.—¡Marchen! ¡Mar...!

VOCES.—(*Alcéndose.*) ¡Un, dos, un, dos...!

MONIQ.—A ese sí que no le cura la Custodia!

LORENZA.—Ni San Roque.

MONIQ.—San Roque tal vez.

CATALINA.—¡Lástima da de verle tan loco!

MONIQ.—Pa él la guerra carlista no se ha acabao.

CATALINA.—Ni sus dineros, que tos se le fueron en levantar partidas...

MICAEL.—De su probeza viene su locura, que cuando él era el amo de esta casa, que mal vendió a la madre de nuestros amos, era bien razonaor y bien razonable.

QUILINO.—Usté entró de zagal en sus tiempos.

MICAEL.—Zagal mayor era en la casa cuando un día nos juntó a tos—ya más loco que un torbellino—y nos dijo: “Me mudo a vivir a la casilla de la plaza del Arcipreste. Aquí queda la Juana”—la madre de Sagrario y de Miguel—“al cuidao de mi hacienda”. Y era que toa la había vendío, en pago de empeños que no podía levantar.

MONIQ.—¡Sobar! Y así le sigue llamando “su casa”, y aquí se le consienten.

(*Sale de la casa Sagrario.*)

SAGRARIO.—Y el que no obedeciera a Don Generoso, en lo que sea de razón, como si la casa fuera todavía suya, hágase cuenta de que a mí o a mi hermano nos desobedece. ¡Pobre loco!

MONIQ.—Buenas tardes, Sagrario.

SAGRARIO.—Buenas tardes. Y a tiempo llegas, Moniquito.

Tú, que tienes entrada libre en todas partes, deja esta onza en casa de Don Generoso, sin que él te vea.

MONIQ.—Se la pondré al pie de San Roque pa desimular.

MICHAEL.—Y pa que se piense que es un milagro.

MONIQ.—A ver si creéis que el santo necesita que le cuelguen milagritos ajenos. ¡Con la plétora que tenemos en casa! ¡Descreído! *(Avanzando hacia la puerta.)* ¡Israelita! ¡¡Sardánapa!!

*(Mutis por la derecha. De la casa sale Miguel, el hermano de Sagrario.)*

MIGUEL.—Va siendo la hora de concluir el agasajo. ¿Y Juan Pedro?

MICHAEL.—Trajinando por ahí.

CATALINA.—¿Voy a llamarle?

MIGUEL.—No. *(A Quilino y Carmelo.)* Aquí tenéis el dinero que os resta del año.

QUILINO.—Too está a la orden del día.

CARMELO.—Y si nos vamos de la casa no es por na, sino que uno...

MIGUEL.—Ya lo comprendo. En esta casa dejáis un amigo pa cuanto os sea menester.

SAGRARIO.—Y mi hermano no es de los que hablan por hablar.

MICHAEL.—Aquí están los gañanes nuevos.

CATALINA.—Y aquí viene Juan Pedro.

*(Por la derecha entran dos gañanes. Por la primera izquierda aparece Juan Pedro.)*

GAÑÁN 1.º—Buenas tardes, mayoral.

GAÑÁN 2.º—Buenas tardes.

MICHAEL.—Ahí tenéis a los amos.

SAGRARIO.—Bien venidos seáis a nuestra casa, y que os apliquéis es lo que conviene.

GAÑÁN 1.º—Ea...

GAÑÁN 2.º—Ea...

MIGUEL.—Lo que os he de decir, ya lo dijo mi hermana; a medias llevamos el caudal, pero voluntad no hay más que una. ¡Juan Pedro!

J. PEDRO.—Mándeme el amo.

MIGUEL.—Mañana principiáis la simienza.

J. PEDRO.—Todo está preparao.

MICHAEL.—Y así estás tú de contento, que no parece sino que naciste pa sembraor.

J. PEDRO.—Así es, mayoral.

SAGRARIO.—Así sea.

No 2  
Bis

MUSICA 51

J. PEDRO.

Cuando siembro voy cantando,  
porque pienso que al cantar,  
con el trigo voy sembrando  
mis amores al azar.  
No hay empresa más gallarda  
que el afán del sembrador.  
¡Por sembrar en tierra parda  
soy a gusto labrador!  
Pisan mis abarcas la llanura,  
raya el firmamento mi montera,  
porque al sembrador se le figura  
que es el creador de la panera.

Y el grano arrojo  
con tanto brío  
que me parece  
que el mundo es mío...

¡Ah!

Sembrador  
que has puesto en la besana  
tu amor:  
la espiga de mañana  
será tu recompensa  
mejor.

Dale al viento  
el trigo y el acento  
de tu primer lamento  
de amor...

Y aguarda el porvenir,  
sembrador.

TODOS.

No hay empresa más gallarda  
que el afán del sembrador.  
Por sembrar en tierra parda  
¡quién no fuera labrador!

J. PEDRO.

Vuela la simiente de mi puño,  
cae sobre la tierra removida,  
siente la caricia del terruño  
y abre sus entrañas a la vida.

Y al sol de mayo,  
que es un tesoro,  
millares brillan  
de lanzas de oro.

Ah —

TODOS.

Sembrador  
que has puesto en la besana  
tu amor:  
la espiga de mañana  
será tu recompensa  
mejor.

J. PEDRO.

Dale al viento  
el trigo y el acento  
de tu primer lamento  
de amor...  
¡Y aguarda el porvenir,  
sembrador!

### HABLADO

MICHAEL.—Ven que te abrace, galán, que así sientes tú la  
afición a la tierra como yo mismo en mis años mozos. ¡Paece  
mentira' que seas forastero! ¡Tu padre era también gañán?

J. PEDRO.—Mi padre, hermano Micael... (Con emoción.), no  
lo he conocido.

SAGRARIO.—Al avío, muchachos.

FRANCIS.—Y ca cual al suyo. Que muchos años disfrutemos  
este agasajo y tos con salud.

MIGUEL.—Muchas gracias, hermano Francisco. (A los gañanes nuevos.) Vosotros venid, Mayoral, sacaremos la simiente.  
Y a vosotros... (A Quilino y Carmelo.) lo dicho.

QUILINO.—Ahí se quedan ustés.

CARMELO.—De aquí a luego.

(Hacen mutis. Miguel, Juan Pedro, Micael, Gañanes 1.º y 2.º  
y dos o tres gañanes más, por el fondo; algunas mujeres, por  
la casa; Francisco y los demás, por la derecha, quedando en  
escena Sagrario, Catalina y Lorenza, recogiendo los cacharros  
y restos de la merienda.)

SAGRARIO.—Muy bien ha explicado Juan Pedro lo de la si-  
mienza.

CATALINA.—Tie muchas letras y mucho corazón, a lo que  
se ve.

LORENZA.—Y no será porque se le ponían pocos reparos; que  
si admitir a un forastero, que nadie sabe quién es, que unos  
dicen que viene de Alcázar, que otros cuentan que del Lugar  
Nuevo...

SAGRARIO.—Ni mi hermano ni yo hacemos caso de hablada-  
rías, cuando la gente es honrá y trabajaora.

LORENZA.—Ahora viene aquello como nube de mayo.

SAGRARIO.—¿El qué es aquello?

CATALINA.—Que le quiero pedir a usté licencia pa' dir los sábados a mi casa pa platicar con él.

SAGRARIO.—¿Con él?

LORENZA.—Con Juan Pedro.

SAGRARIO.—¿Cuándo te has hecho novia con Juan Pedro?

CATALINA.—Entodavía' no hemos platicao...; ayer me pidió, y si el ama es gustosa de que platiquemos, le daré el sí.

LORENZA.—El ama ¿qué ha de pensar sino que mejor hombre no puedes pedir? Ella es moza soltera y entiende de estas cosas más que tú.

SAGRARIO.—Si te entraras todo eso a la casa..

LORENZA.—Pa que me calle es. (*Mutis a la casa con algunos cacharros.*)

CATALINA.—¡Y que no es licenciá la Lorenza!

SAGRARIO.—Oye, Catalinilla...

CATALINA.—¿Qué dice usté?

SAGRARIO.—El ama es gustosa de que platiques con Juan Pedro o con quien tú quieras. Y si bien se mira, con Juan Pedro mejor que con otro, que es un hombre formal, hacendoso, despierto, callao, leal, valiente pa'l trabajo, fino en la palabra... y guapo de verdá...

CATALINA.—To eso me he pensao yo; pero pa mis adentros... El ama lo explica muy bien.

SAGRARIO.—Desde el sábado podéis platicar; pero desde esta tarde él saldrá de la casa.

CATALINA.—¿De la...?

SAGRARIO.—Sí, Catalina. Ya sabes que no está bien mirao en el pueblo que dos novios duerman en la misma casa.

CATALINA.—Pero Juan Pedro es el alma de la labor.

SAGRARIO.—Bien te pruebo que eres algo pa mí cuando prescindo de él y de ti no.

CATALINA.—Me sabe mal que salga de la casa' sin haberle avisao pa la Virgen de Agosto.

SAGRARIO.—Pero ¿es que quieres irte tú?

CATALINA.—Al fin y a la postre una cría se muda a' cualquier hora. Un gañán, no.

SAGRARIO.—Déjale que se vaya, Catalina.

CATALINA.—Pero el amo Miguel ¿qué dirá?

SAGRARIO.—A mi hermano yo se lo explicaré como a ti. (*Entra en la casa con algún objeto de los que recoge.*)

CATALINA.—No lo entiendo... Pero, bien mirao, el ama me da una prueba de aprecio.

MONI. (*Entrando por la derecha.*)

"Me estoy poniendo, niña,  
como un membrillo."



de tanto como peno  
por tu cariño."

CATALINA. "Cuando madures  
que te cuezan, te pelen  
y te hagan dulce."

MONIQ.—¡Vaya una voluntá que me ties! ¡Con lo que yo me  
sueño contigo por las noches!...

CATALINA. "Despierta, compañero,  
porque es de día  
y ya están los gañanes  
haciendo migas."

MONIQ. Lo que yo digo  
es que ¡a ver cuando juntos  
hacemos pisto!

SAGRARIO.—(Saliendo de la casa.) Moniquito, ¿cumpliste mi  
encargo?

MONIQ.—¡Vaya! En la cómoda le he dejao el santo, con la  
onza de oro al pie, entre un cepillo, una canasta, una cantim-  
plora y un pito. Lo cual que al santo no le ha hecho mucha  
gracia el mueble, tan aglomerao, y me miraba como dicién-  
dome: "Y a esta tarimita ¿por qué le llaman cómoda?"

CATALINA.—Y cuando don Generoso se encuentra allí el di-  
nero ¿qué es lo que piensa?

SAGRARIO.—No lo sé. Pero ¡me da tanta lástima que un se-  
ñor tan señor viva tan pobremente y tan en otro mundo!...

CATALINA.—Con los caudales que ha derrochao.

MONIQ.—Por tirar ha tirao hasta el fósforo, y así tie el ce-  
lebro tan oscurecido.

*(Aparece don Generoso por la derecha. Es un señor de más  
de sesenta años, pálido, enjuto, espiritual. Su cara ofrece as-  
pecto de viejo militar. Viste humildes ropas señoriles y se  
toca con un gorro cuartelero de jefe de ejército. En una mano  
trae una cayada de madera blanca y tosca.)*

DÓN GENER.—¡Dios me dé vida, amigos, pa'ra ver las mudan-  
zas grandes que se anuncian! Caerán al fin los enemigos de la  
legitimidad y España será un vergel de gracias... Dame albric-  
cias, Sagrario, que no poca parte he de tener en ese porvenir  
de rosa. *(Acercándose a Sagrario, confidencialmente.)* Me ha  
escrito Cabrera... ¡Chist!

MONIQ.—(Aparte a Catalina.) No te lo creas tú.

CATALINA.—Si no lo he oído.

MONIQ.—Pero, por si acaso, no te lo creas.

DÓN GENER.—Quiero que la proclamación del rey legítimo  
se celebre en mi casa, como corresponde, y he mandado venir  
albañiles.

MONIQ.—¡Sobar!...

DON GENER.—Aquel arco va al suelo; la bodega también se derruye; a la casa le quito esta nariz, y aquí levantaré una plaza de toros donde se lidien cada mes vaquillas bravas.

SAGRARIO.—Pero todo eso le va a costar muchos miles de reales.

CATALINA.—O de durcos más bien.

DON GENER.—¿Qué os importa a vosotros lo que cueste, si no lo haís de pagar? Mi cosecha ha sido hogaño espléndida, esas trojes rebosan el grano, cien tinteros de aceite quedan por vender y la paja que almacenamos no se la comería en un lustro toda la caballería de la usurpadora. ¡Lástima que mi unigénito no pueda compartir mi gloria!

SAGRARIO.—¿No viene usted a tomar algún dulce?

DON GENER.—Ya comprendo, mi buena Sagrario, que quieres distraer mi dolor. ¡Hijo de mi sangre! ¡¡Me lo robó ese lobo traidor de Espartero, estigma de la Mancha!!

**MONI.**—(A Catalina.) Otra manía suya, porque es solterón de nacimiento.

(Salen por el fondo Miguel y Juan Pedro.)

MIGUEL.—¿Don Generoso!

DON GENER.—Ven con Dios, Miguel, espejo de colonos honrados y de leales administradores. Si algún día me muero, que no sé qué decirte, porque siento en mí algo de inmortal, Sagrario y tú heredaréis mi hacienda, ya que Dios ha dispuesto del que debiera ser dueño de este caudal.

MONI.—Y la plaza de toros ¿a quién se la deja?

DON GENER.—A quien me asegure que no entrarán en ella, a peso de oro, ni don Andrés, el maestro, ni don Jeremías, el párroco, ¡dos sanguijuelas isabelinas, que son liberales por lo que chupan!

(Catalina se acerca a Juan Pedro, y al verlos juntos Sagrario, da muestras de inquietud.)

MONI.—Pa eso cuente usted conmigo.

MIGUEL.—¿Nos tomamos un vaso de mistela?

DON GENER.—Ya me recuerdas que no te felicité por tu santo. Mi intención me salva, porque he aquí mi presente. (Ofreciéndole la cayada.) Este bastón, sobre ser de ébano fino y llevar este arillo de oro y estas incrustaciones de brillantes...

MONI.—(Aparte.) ¡Cómo está el pobre!

DON GENER.—...es un glorioso recuerdo de Zumalacárregui, del que me hizo manda en su testamento.

MONI.—¿Zumbala... qué?

DON GENER.—¿Zumalacárregui!

MONI.—¿Vaya una palabreja pa cuando te pisan un callo!

MIGUEL.—Le estimo su presente como lo que es.

DON GENER.—Y ¡vaya por la mistela!

*D. Sorio*  
(Medio mutis con Miguel hacia la casa. Por la derecha asoma un mendigo.)

MENDIGO.—Hermanos, una limosnica, que voy de camino a pie, por el amor de Dios.

MIGUEL.—El te socorra, hermano.

SAGRARIO.—Venga el viernes.

DON GENER.—¿Eh?

MENDIGO.—Apíadese de mí el caballero.

SAGRARIO.—Venga el viernes, le digo.

MENDIGO.—Todo sea por Dios. (Medio mutis.)

DON GENER.—Hermano... (Vuelve el mendigo.) ¡Tome! (Le da una moneda.)

MENDIGO.—¡Bendito sea Dios! ¡Si es una onza!

MIGUEL.—¿Una onza?

SAGRARIO.—¡Don Generoso!

MONIQ.—(Sacudiéndose los dedos.) ¡Zumbalacárregui!

MENDIGO.—¡Que el Señor se lo aumente y le dé su gloria y salud pa vivir muchos años y...!

DON GENER.—Déjese de letanías y grite conmigo: ¡Muera Espartero!

MONIQ.—¡Muera!

MENDIGO.—(Se santigua con la moneda, la besa y hace mutis.) ¡Alabado sea Dios!

CATALINA.—(A Juan Pedro.) ¡La única que tenía!

J. PEDRO.—¡Pobre viejo!

(Sagrario y Miguel van a interrogar a don Generoso y él los detiene con un gesto.)

MIGUEL.—Pero, don Generoso...

DON GENER.—He cumplido con mi deber. ¡Vamos! (Mutis con Miguel por la casa.)

MONIQ.—(A Sagrario.) Y yo le pregunto a usted: ¿qué va a cenar esta noche don Generoso?

SAGRARIO.—Lo que se merque con estos cuarenta reales que ahora mismo vas a ponerle al pie de San Roque (Dándole una moneda.)

MONIQ.—¡Ca! Con este dinero le pongo dos libras de carne, dos de patatas, una de aceite, tres onzas de sal y una docena de bizcochos... (Aparte. Al mutis.) Y me sobran veinticinco reales. ¡Muera Espartero! (Se va por la derecha.)

SAGRARIO.—¿Qué haces ahí ya, Catalina?

CATALINA.—Recogiendo.

SAGRARIO.—Pues recógete tú también.

CATALINA.—Al contao. (Mutis por el arco del fondo.)

SAGRARIO.—(A Juan Pedro, que marca el mutis hacia la izquierda.) ¡Juan Pedro!...

J. PEDRO.—Mande. (Volviendo.)

P.M.

SAGRARIO.—Ya sé la' novedá.

J. PEDRO.—¿Cuál novedá, mi ama?

SAGRARIO.—Que has pedio a la Catalinilla y, a lo que parece, pa buen resultao.

J. PEDRO.—Si ella lo dice... A mí no me ha contestao todavía. El domingo la pedí; mil reales la llevé en señal... y eso es todo.

SAGRARIO.—Ya te digo que el resultao es que sí.

J. PEDRO.—Mejor.

SAGRARIO.—Es buena muchacha la Catalina, y así te haga feliz como yo lo deseo. Ahora' que..., como forastero, no sé si sabrás la costumbre... Juntos en la casa no podéis estar... Así que recoge tus cosas..., y ya que hoy mismo es San Miguel, hoy mismo te vas.

J. PEDRO.—(Después de una pausa.) Si es esa la costumbre...

SAGRARIO.—Eso no quita pa que se te guarde estimación y se sienta de verdá este lance. Mozo no ibas a estar toda la vida. Te has fijao en ésa como te podías haber fijao en otra. Es de tu clase y bien escogía está.

J. PEDRO.—Eso mismo me he pensao yo...

SAGRARIO.—Te voy a hacer una pregunta, Juan Pedro.

J. PEDRO.—Si yo sé contestar...

SAGRARIO.—¿Cómo explicáis los hombres el cariño?

J. PEDRO.—Que no lo sabrá el ama...

SAGRARIO.—¿Tú no sabes que nunca he sido novia?

J. PEDRO.—¿No lo he de saber? En los pueblos se comenta todo. "No hay en la' villa nombre pa'l ama Sagrario."

SAGRARIO.—¡Es tan orgullosa!

J. PEDRO.—Así lo dicen, es la verdá.

SAGRARIO.—¡Es tan orgullosa que nunca ha escuchao de los hombres una palabra de cariño! Por eso te decía: Juan Pedro, ¿cómo lo explicáis vosotros? Dímelo.

1103

MUSICA

E.M.

J. PEDRO.

Ama,  
lo que usté me pide  
es muy fácil de sentir  
y es difícil de explicar.

SAGRARIO.

Creo  
que sentir amores  
es lo mismo que aprender  
nuevos modos de cantar.

J. PEDRO.

¡Mejor lo explica el ama  
de lo que yo sabría!

SAGRARIO.

Oírlo de tus labios  
quisiera todavía.

J. PEDRO.

Reírse quiere el ama  
del rústico gañán.

SAGRARIO.

(*Aparte.*)

¡Quién sabe si al oírte  
mis ojos llorarán!

(*A Juan Pedro.*)

Dime,

dime qué palabras  
canta el hombre a la mujer  
cuando le habla con amor.

J. PEDRO.

Temo

que la desengañen...

SAGRARIO.

Si tú quieres de verdad,  
has de ser buen cantador.

J. PEDRO.

Manchega, flor y gala  
de la llanura  
manchega:

te quiero por tus ojos  
y por tu boca  
te quiero.

Tus ojos son alegres  
como cantares  
de siega.

Tus labios son tan dulces  
como la miel  
del romero.

SAGRARIO.

(*Aparte.*)

Bien dicen del cariño  
que todo lo hermosa  
y que la hermosa envidia,  
la suerte de la fea.

(*A Juan Pedro.*)

Comprendo al escucharte  
que quieres de verdad...  
y que ella esté orgullosa  
de su felicidad.

(*Recitado.*)

¡Juan Pedro!...

¿Me lo quieres repetir?

J. PEDRO.

La de usted es mi voluntad.  
"Manchega, flor y gala

— B. S

de la llanura  
manchega..."

SAGRARIO. ¡Déjame seguir!...

"Te quiero por tus ojos  
y por tu boca  
te quiero..."

J. PEDRO. ¡Bien se lo aprendió!

SAGRARIO. "Tus ojos son alegres  
como cantares  
de siega..."

J. PEDRO. *(Cogiéndole las manos.)*  
"¡Tus labios son tan dulces  
como la miel  
del romero!"  
*(Sagrario se aparta.)*

<p>SAGRARIO:</p> <p>No sé qué penas me están matando, no sé qué duelos... ¡Parecen fogaradas de celos!</p> <p><i>(Mutis de Sagrario por la casa.)</i></p>	<p>JUAN PEDRO:</p> <p>Bésame, niña, con esos labios dulces y rojos, mientras me están mirando tus ojos.</p>
---	---

#### HABLADO

J. PEDRO.—*(Que la ha seguido por un impulso irrefrenable, deteniéndose en la puerta.)* ¿Dónde vas, tonto?

CATALINA.—*(Saliedo por el fondo.)* ¡Juan Pedro!

J. PEDRO.—¡Qué!

CATALINA.—No es menester aguardar al domingo pa darte la respuesta que quieres. Mucho agradezco tu voluntad de pedir-me y...

J. PEDRO.—¡Acaba!

CATALINA.—¿Tanta prisa te corre el sí?

J. PEDRO.—O el no. *(Confiado.)*

CATALINA.—Pues... no.

J. PEDRO.—¿No?

CATALINA.—No.

J. PEDRO.—Me has engañado, mujer. Hasta creí que tenías permiso del ama pa platicar, porque me ha despedido ella misma.

CATALINA.—Ya lo he oído, hombre. ¿No ves que se clarean las tenajas? *(Señalando las del foro.)* Aunque espesa y rústica, una no se chupa el dedo, más que cuando se pincha con una aguja. ¿Estamos?

J. PEDRO.—El diablo que te entienda, Catalina.

CATALINA.—No pienso ser más clara, que a gusto estoy con los amos y me tiran muy poco la vendimia y la escarda.

J. PEDRO.—Está bien, mujer.

CATALINA.—No te creas que me quedo soltera, que no me faltan hombres con buenos ojos... Ni ganas pa recibirlos con los brazos abiertos; lo cual es un decir, pero ya me entiendes. ¡Verás en cuanto se entere Moniquito! ¡Y que Moniquito no es de los que tien dos caras, que si tuviera dos, no llevaría tos los días la mesma! ¡Adiós!

J. PEDRO.—¡Adiós!...

(*Medio mutis, ella a la casa y él a la izquierda.*)

CATALINA.—Y tocante a los mil reales que me diste...

J. PEDRO.—Vengan.

CATALINA.—¡Vengan? ¡Ay, hijo! Lo dao por lo platicao.

(*Mutis.*)

J. PEDRO.—¡Bueno! ¡Qué más me da! Pero... ¿será posible, Juan Pedro? (*Mutis por la izquierda.*)

MONIQ.—(*Asomando la cabeza por la derecha.*) ¡Pa que luego no crean en San Roque! (*Avanza. Al costado izquierdo trae una garrafa o cantimplora.*) ¡Qué se pone por medio entre yo y la Catalinilla? ¡Juan Pedro, que es el mejor gañán de la villa y, como ayudaor, gana doscientos reales más que un zagall... ¡Un partido con toa la barba! Pues no hace más que llegar San Roque ahí a la portá y... (*Silba.*) Juan Pedro a la luna... ¡Eso sí que es un milagro grande! (*Cogiendo la cantimplora con las dos manos y alzándola.*) ¡Viva San Ro...! ¡Zumbalacárregui! ¡Si me he traído la cantimplora! (*La baja.*)

CUSTODIA.—(*Entrando por la derecha.*) ¡Qué haces ahí, milagrero?

MONIQ.—¡Girnasia! (*Repitiendo el juego.*)

CUSTODIA.—La mujer de Carracuca..., convaleciente.

MONIQ.—Sí, ¿eh? Pues lo de la Catalinilla..., arreglao.

CUSTODIA.—¡Vaya una noticia! ¡Que Juan Pedro la ha pedido!...

MONIQ.—Sí; la ha pedido los mil reales; pero no se los ha dab.

CUSTODIA.—No me quiero enritar discutiendo, porque tengo a la Meteria de parto, y aluego si estoy niervosa no atino.

MONIQ.—Ahí sí que no le hago competencia... Y además, a San Roque me lo he dejao en ca don Generoso, pa ver si se le borra alguna de sus manías. Hoy está... que espeluzna. Le ha dao por decir que tie un hijo y que Espartero se lo ha robao.

CUSTODIA.—¡El Evangelio!

MONIQ.—Amos, hermana Custodia.

CUSTODIA.—Lo de Espartero, calunia; pero lo del hijo...

Mira; me da mucha rabia que cuatro esnarigaos como tú sos riais de ese caballero, y te voy a contar lo que hay pa que le tengas lástima' y le ayudes a conllevar su desgracia... Yo na he dicho nunca, porque me creí que él no lo recordaba en su locura; pero sí él mesmo lo dice ¡que no se ría naide de ese dicho, porque es más verdá que la dotrina!

MONIQ.—¡Sobar! Explique usted esa aleluya.

CUSTODIA.—Don Generoso, rico y soltero, tuvo unos amoríos con una moza', que ahora ya va pa los cincuenta y está mu bien casá.

MONIQ.—La Pepa del Espabilao.

CUSTODIA.—Se dice el pecao, sin mentar al pecaor.

MONIQ.—Como al Espabilao le meto yo toa la' monea falsa que me cae...

CUSTODIA.—Güeno, pues no es ésa. Yo mesma llevé en estos brazos a lo que nació, camino de Ziidá Real, una noche de octubre...

MONIQ.—¿A la casa cuna?

CUSTODIA.—No, que iba' a ser al batallón de Melicianos.

MONIQ.—¡Adelante!

CUSTODIA.—Cuando pasó el tiempo y don Generoso, arruinao, quiso dirse por esos mundes y ampararse en ese cariño, fué lo primero a la casa cuna... ¡El chico había muerto!

MONIQ.—(Tragicómico.) ¡¡Ah!!

CUSTODIA.—De Zuidá Real volvió ya loco... y loco está pa siempre.

(Salen por el fondo Micael, Carmelo y Quilino.)

MICAEL.—¡Aguardar! (Llamando a la puerta.) ¿Está por ahí el amo o el ama?

MONIQ.—¡Ea! ¿Ya os vais?

CUSTODIA.—Así parece.

MIGUEL.—(Saliendo.) Micael, hay una novedá: Juan Pedro se marcha también.

MICAEL.—¿Juan Pedro?

CUSTODIA.—¿Qué dices?

MONIQ.—(A la Custodia.) ¡El Evangelio!

MIGUEL.—Cállate tú.

MICAEL.—¿Y se va...?

MIGUEL.—Por causa de que se hace novio con la' Catalinilla...

MONIQ.—(Aparte a Custodia.) Lo del noviazgo, calunia.

MICAEL.—¡Ea! Siendo así... Pero no encontraremos otro como él.

SAGRARIO.—(Saliendo.) Lo buscaremos, mayoral.

MICAEL.—¡Ea!...

(Sale Juan Pedro por la izquierda.)

MIGUEL.—Ya me ha dicho mi hermana la novedá... Sean to-



P.M.

dos testigos de que no sales, aunque de repente, por na deshonroso. Aquí dejas una casa' de amigos... y ésta es mi mano.

J. PEDRO.—A mí también me hace duelo el dejarla... Y, por lo que toca al motivo, sepan ustés que esa moza y yo..., antes de comenar, hemos terminao.

MONIQ.—(Aparte a Custodia.) San Roque que me lo había dicho.

MIGUEL.—Si es así...

J. PEDRO.—Así es.

SAGRARIO.—Sin embargo..., ¡vete!

J. PEDRO.—Adiós, pues. Vamos, amigos. (A Carmelo y Quilino.)

QUILINO.—Ahí se quean ustés.

CARMELC.—Con Dios. (Salen por la derecha Juan Pedro, Quilino y Carmelo.)

MIGUEL.—¡Sagrario!

SAGRARIO.—Eso de terminar es una componenda. Por no perder la' casa ninguno.

MONIQ.—¿Qué? ¡Me voy a descambiar la cantimplora! (Mu-tis rápido por la derecha.)

MIGUEL.—De esas cosas, las mujeres sabéis más que uno. Vamos a pensar lo que hacemos. (Se van Miguel y Micael por el fondo.)

SAGRARIO.—Custodia, pasa adentro. ¿Entiendes tú también de males del alma?

J. PEDRO.—(Cantando. lejos)

Dale al viento  
tu trigo y el acento  
de tu primer lamento  
de amor...  
¡Y aguarda el porvenir,  
sembrador!

(Las dos mujeres se han quedado oyendo el canto.)

CUSTODIA.—De éste pue que sí entienda, Sagrario.

TELÓN Y MUTACIÓN

Plácido = Freyre =  
escopeta



Noche CUADRO SEGUNDO

Telón corto, en el que se ve, a la izquierda, una casita blanca, de un solo piso, con puerta practicable; en el centro, una calle, en cuyo fondo aparece una plazuela con la iglesia parroquial, elevando al cielo su esbelta torre hexagonal, cubierta por un capitel de pizarra; a la derecha, casa de dos pisos, humilde como la primera y enjalbegada como aquélla. Las dos casitas son practicables. Es de noche y hay luna clara. Nadie en escena.

MUSICA

UN PASTOR.

*(Dentro, por la derecha.)*

Como soy, nena mía,  
 pastor de ovejas,  
 por las noches platico  
 con las estrellas.  
 Y aquélla blanca,  
 ¡cuántas noches me dice  
 que tú me aguardas! —

DON GENER. — *(Dentro, lejano, por la derecha.)* ¡Alerta...  
 está!

J. PEDRO.

*(Dentro, por la izquierda.)*  
Hoy es sábado y no quiero  
dormir en la' quintería,  
porque rondan los gañanes,  
y yo me muero de envidia  
si me entero  
de que rondan  
las esquinas  
de mi novia.

*(También por la izquierda han salido Catalina y la Custodia, dirigiéndose a la derecha.)*

HABLADO

CUSTODIA.—¿Has estao en el cantar?

CATALINA.—Y en la voz que lo canta: Juan Pedro.

CUSTODIA.—¿Vuelve a rondarte o qué?

CATALINA.—No, señora, que yo me he apañado con Moniquito y a platicar con él vengo a mi casa... Juan Pedro... ¡pa'l ama!

CUSTODIA.—¡Cállate, infiel! ¿Dónde se habría visto chasco semejante?

CATALINA.—¿No pasa usté un ratico?

CUSTODIA.—Poco será, porque antes de la media tengo que hacer una cosa mu grave.

CATALINA.—Ya no me acordaba. *(Mutis de las dos por la puerta de la derecha.)*

J. PEDRO.—*(Saliendo por la izquierda con un grupo de mozos, algunos con guitarras.)* Y ya que hemos ronda'o en las esquinas de toas las novias de la reunión, vamos a echar un cantar por mi cuenta.

Mozo 1.º—¿Aquí, pa la' Catalina?

J. PEDRO.—Que le cante el sereno a la Catalina. Vamos a echar un cantar en las esquinas del ama Sa'grario, que dicen que nunca le han echao cantares a esa moza tan guapa.

Mozo 2.º—Alto picas, Juan Pedro.

J. PEDRO.—Eso no es picar, es cantar. *(Se van por la derecha, rasgueando las guitarras.)*

DON GENER.—*(Apareciendo por la derecha. Lleva terciada, como si hiciese centinela, una carabina.)* Día llegará en que sobre las piedras milenarias se cincele el nombre de los Reales.

*(Sale la Custodia por puerta de la derecha.)*

CUSTODIA.—¡Graaacias a Dios!

DON GENER.—¿Quién vive? ¿Eres tú, Custodia?

CUSTODIA.—Yo, sí soy yo y parezgo yo. Pero usté es don Generoso y paece un cazador de zorras.

P.M.  
DON GENER.—Pasa sin miedo, amiga, que no soy cazador, sino soldado. No amanecerá sin que agudos clarines te desvelen y, como gallos madrugadores, saluden el más glorioso día de la historia.

CUSTODIA.—¡Así sea! *(Mutis a la casita de la izquierda.)*

Torneo  
Carmelo  
DON GENER.—¡Que un hombre tan aguerrido sienta la dulce emoción del bisoño!...

*(Hace mutis por la izquierda, pausadamente y volviendo la cabeza con recelo de vez en cuando. Por la derecha sale Carracuca, coincidiendo con la Custodia, que aparece en la puerta de la casa, ocultando una criatura de pañales.)*

CARRAC.—¡Hermana Custodia!...

CUSTODIA.—¡Jinojo! ¿Eres tú, Carracuca?

CARRAC.—Yo mismo, que busco a Moniquito pa que me empreste al santo y me la encuentre a usted, que casi es mejor. ¡Venga usted, hermana Custodia, que tie un histérico que me quiere afeitar con la badila del brasero!

CUSTODIA.—Arrepara que esto que llevo aquí es de carne y güeso y mañana mesmo tie que quedar en la casa cuna'. Y que como se sepa por ti te degüello.

CARRAC.—Pero venga usted por mi casa..., que la coge al paso. ¡Que la Gertrudis no dura na', hermana!

CUSTODIA.—Anda, echa pa adelante, que estoy ya de la Gertrudis hasta el rodete.

CARRAC.—¡Pobrecilla! ¡Con lo güena que es!... ¡Si el histérico no la diera por atizarme esos palos... que me arrea!

CUSTODIA.—¡Rejinojo! ¡Alivia! *(Se van por la derecha.)*

MUSICA E.M.

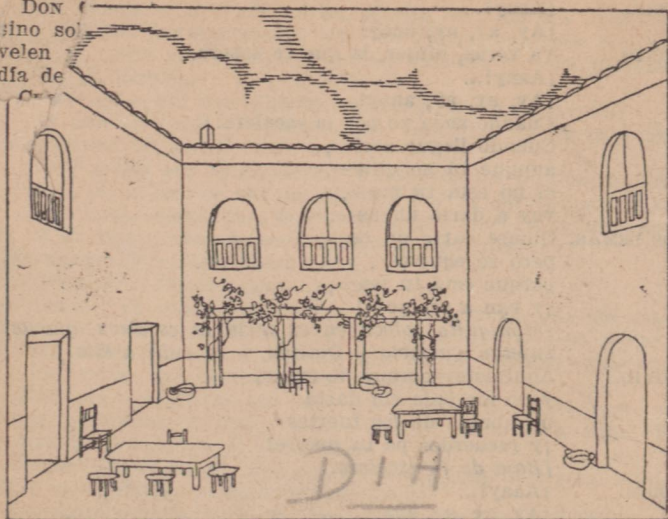
11 5  
Mano  
escalera  
*(Salen por la izquierda, por el orden que se indican, el Gañán 1.º con una escalera de mano al hombro, Carmelo con una manta parda, Moniquito con escalera, Quilino con manta y el Gañán 2.º con escalera.)*

B.F.  
TODOS. Dos por dos son cuatro;  
tres por dos son seis;  
tres por cuatro, doce;  
dos por cinco, diez.  
Ya me sé la tabla  
de multiplicar,  
y antes del invierno  
me podré casar.

MONIQ. Si me alviertes al pedirte  
que no ties ventana baja,  
no es el hijo de mi madre  
el que sube a tu ventana.

- TODOS. ¡Aaay!...  
¡Ay, ay, ay, aaay!
- MONIQ. Ya verás, mujer, la que te espera.  
¡Aaay!...  
¡Ay, ay, ay, aaay!  
Cuando suba yo por la escalera.  
Cuando llegue arri—,  
aunque tú no quie—,  
si no está tu ma—,  
voy a darte un be—.
- LOS DEMÁS. Quiere darte un be—,  
pero se equivo—,  
porque está tu ma—,  
¡y van a ser po—!
- (Moniquito coloca en el suelo la escalera, que le sujetan Carmelo y Quilino, y se sube a ella.)
- MONIQ. Aquí estoy porque he subido,  
y no me bajo sin darte  
un abrazo de los fuertes  
¡y recuerdos pa tu madre!  
(Baja de la escalera.)
- TODOS. ¡Aaay!...
- MONIQ. ¡Ay, ay, ay, aaay!...  
Sí al ir a casarte no reculas.  
¡Aaay!...  
¡Ay, ay, ay, aaay!...  
...tengo ya mujer y un par de mulas.  
Pero si me enga—  
con un archidú—,  
¡apañao me que—  
con un par de mu—!
- LOS DEMÁS. Con un par de mu—  
apañao se que—,  
porque si una es co—,  
¡la otra es burricie—!  
Dos por dos son cuatro;  
tres por dos son seis;  
tres por cuatro, doce;  
dos por cinco, diez.  
Ya me sé la tabla  
de multiplicar,  
y antes del invierno  
me podré casar. E.T.  
(Hacen mutis por la derecha en la misma forma  
que salieron, mientras cae el telón.)

Don  
sino so  
velen  
día de



### CUADRO TERCERO

Patio principal de casa de SAGRARIO. Una columnata limita una galería en el fondo. En la galería hay un arcón a la derecha, sin tallas, y a la izquierda, un bargeño sencillo sobre una mesita castellana. Entre ambos muebles, una puerta cuarteronada. En el lateral izquierdo, una cancela que cierra el paso desde el zaguán. En el lateral derecho, dos puertas semejantes a la del fondo. Sobre la galería de la planta baja descansa, en la superior, un corredor no practicable. En el centro de éste hay dos largas mesas de pino, sencillos tableros sobre asnillas; a su alrededor, sillas de madera con asiento de esparto trenzado, de distintas formas y altura, huyendo de toda uniformidad. Encima de las mesas, montones de rosa de azafrán y platillos con clavos de la misma planta. En el suelo, esportillas con más flor. Es de día.

*(Las mozas, y entre ellas Catalina y Lorenza, aparecen sentadas alrededor de las mesas, mondando la rosa, presididas por Sagrario. Van tomando las flores una a una, extrayéndoles los hilos de azafrán y depositando éstos en sus respectivos platillos. La Custodia entra y sale por la segunda puerta de la derecha, como si dentro tuviera una ocupación que interrumpe de vez en cuando.)*

MUSICA

TODAS.

De mondar mucha rosa  
—yo no me alabo,  
— porque no tengo novio  
que tire el clavo.

SAGRARIO.

La rosa del azafrán  
es como la maravilla,  
que un día la ve nacer  
y la mata el mismo día.

TODAS.

Me casé con un sastre  
por no estar mala,  
y el aire de la aguja  
me resfriaba.

La, la, la, laralala.

La, la, la, la, la, la...

HABLADO

SAGRARIO.—¡Custodia! ¿Has aviao la merienda?

CUSTODIA.—¡Vaya que sí! Aguamiel y nuégados pa los golosos, carne frita con pisto pa los hambrones y pa las que no tien novio, melones...

CATALINA.—Eso no va conmigo, que lo tengo.

SAGRARIO.—Irá por mí.

CUSTODIA.—¡Qué disparate! Si estás moza entavía es porque quieres. Que pue que nos esté oyendo quien bebe el viento por tu persona... Más rico no lo vas a encontrar, ni más aparente tampoco.

SAGRARIO.—Cállate, Custodia.

CUSTODIA.—(Acercándose a las mozas.) Julián Herencia, que así se llama por su padre y porque dende que nació no hace más que heredar... Adentro está con el amo consolándose del "no" del ama.

LORENZA.—¿Habéis sentío una voz?

CUSTODIA.—No hemos sentío na; pero ya vemos que ese que te ronda está a la puerta con otros y, a la cuenta, sos quieren echar el clavillo.

SAGRARIO.—Déjalos pasar.

CUSTODIA.—(Abriendo la cancela.) Yo abro y el que sea valiente que pase. (Mutis por segunda derecha.)

MUSICA

(Empiezan a entrar mozos campesinos por la izquierda. Unos llevan chaquetillas pardas y sombreros negros; otros, blusas de cuadros y montera, calzando abarcas estos últimos; todos lle-

van al hombro mantas pardas o de cuadros blancos y negros. Avanzan los mozos hasta colocarse cada uno, de pie, junto a una moza. Algunas de éstas, entre ellas Sagrario y Catalina, no tienen pareja. Los mozos se ponen a la faena de mondar rosa, echando los clavillos en el plato de su moza.)

- MOZOS. Aroma de tomillo de abril  
se escapa de tus labios en flor.
- MOZAS. Por Dios, no te me arrimes, galán,  
no vaya a marearte el olor.
- MOZOS. Si no me quieres cerca, ¿por qué  
me miras con tus ojos de imán?
- MOZAS. Pues pídele al alcalde un cartel  
que diga: "Se prohíbe mirar".
- SAGRARIO. La rosa del azafrán  
es una flor arrogante  
que brota al salir el sol  
y muere al caer la tarde.
- MOZAS. Tan frágil es el amor  
como esta flor peregrina.  
Se quiere al atardecer  
y a media noche se olvida.
- MOZOS. No quieras olvidarme después  
que tengo ya encargao el ajuar.
- MOZAS. Teniendo ya el ajuar encargao  
alguna se lo puede encontrar.
- MOZOS. Si alguna se lo encuentra también  
te digo que le puede pesar.
- MOZAS. Con esas indirectas, pa mí  
que no voy otro novio a encontrar.
- La rosa del azafrán  
vestida está de morado  
y tiene el tallo pajizo  
y el corazón encarnado.

SAGRARIO.

(Recitado.)

¡Pasen todos a merendar!

(Se levantan las mozas. Sagrario, Catalina y las que no tienen mozo se van por la derecha. Detrás, por parejas, hacen mutis los demás.)

#### HABLADO

(Entran por la izquierda Moniquito con la carabina de Don Generoso, cinco chicos de doce a catorce años y uno de cinco a seis, en fila y con varas a guisa de fusiles. Detrás de ellos entra Don Generoso, que lleva en la mano otra vara corta con un palito cruzado como si fuese una espada.)



CHICOS.—¡Un, dos, un, dos, un, dos, un, dos!...

DON GENER.—¡Alto! ¡Al...! ¡Izquierda! ¡Hup!... ¡Muy bien!  
¡Admirablemente bien! ¡Soldados de la lealtad!...

MONIQ.—Un momento, mi general. (A los chicos.) ¡Descansen!  
¡Ar...! ¡Sentarse! ¡Hup!

(Los chicos se sientan en el suelo y Moniquito en una silla.  
Detrás de ésta, el más pequeño de los chicos.)

DON GENER.—(Avanzando hacia Moniquito.) ¿En qué tratado de arte militar has visto tú que una división se tienda a la bartola para escuchar la arenga de su mariscal? La tropa nunca dará oídos a la pereza ni tregua al ejercicio. Y ante el deber tiene que erguirse, crecerse, multiplicarse...

MONIQ.—Y ¿en qué aritmética ha visto usted que una división se multiplique?

DON GENER.—Temo, alférez Moniquito, que no te podré hacer comandante. Me está dando en la nariz un olorcillo a majadero...

MONIQ.—¡Zumbalacárregui! (Poniéndose de pie.) A lo que huele aquí es a carne con pisto. (Deja la carabina en la silla y se asoma a la segunda de la derecha.) ¡Mialos ahí cómo merendolean!... ¡Allá voy, mi ama! (A Don Generoso.) Siga' usted con la arenga, que en cuanto me se caliente la boca, ¡a mordiscos y a coces acabo yo con el enemigo! (Mutis.)

DON GENER.—¿Esta es la raza de Indibil y Mandonio? ¡Pero conmigo quedan los mejores! ¡Soldados de la lealtad! "Sursum corda, sursum fides, sursum mentes..." (Pausa.) ¿Qué se responde a esto, perezosos?

CHICOS.—(Cantando.) ¡Aaa...mén!

(Entra por la izquierda la Dominica, una mujer del pueblo como de cuarenta años.)

DOMINICA.—Si ya sabía yo que aquí estabais. ¡Recondenaos! ¡Indinos!

(Los chicos, excepto el más pequeño, que sigue merendando tranquilamente, se ponen de pie y dos de ellos huyen de la mujer que les amenaza.)

DON GENER.—Y ¿quién eres tú, furia viperina, para amedrentar a mis reclutas?

DOMINICA.—¿No me lo conoce ya, don Generoso? Soy la Dominica del Manco Bigotes, la madre de estos dos novilleros, que me se escapan de la escuela pa dir con usted; la tía de este otro, que es otro tal, y la vecina de esos dos que quean, que han salio tan trebajeres como su padre, que se murió sin el óleo por no abrir la boca pa decir amén. ¡Arreando tos ahora mesmo! ¡El viejo chocho estel!...

DON GENER.—Si como tu marido es manco tú fueras muda... ¡Vive Dios!

DOMINICA.—(Agarrando a un chico.) ¿Quién te ha hecho este chichón en la frente?

CHICO 1.º—El enemigo.

DOMINICA.—¡El ene...! ¡Bueno! ¡Tente, lengua! (A otro chico.) Y a ti ¿dónde te han regalao este siete?

CHICO 2.º—En la trinchera.

DOMINICA.—¡Pa adelante tos en un suspiro! Y al primero que me se tuerza lo hago gachas.

DON GENER.—Dominica, no destruyas los más caros ideales de un patriota.

DOMINICA.—Déjese usted de pláticas, don Generoso. Aquí no hay más deales que los míos, y en cuanto a caros, arrepare usted en cómo lleva los calzones esa creatura... ¡Mos ha jorobao el hombre! ¡Unto y andando! (Dando cachetes a los chicos, que se van atropelladamente por la izquierda, quedando sólo el pequeñín, merendando impertérrito.)

DON GENER.—¿Y es esta la estirpe de Isabel la Católica? “Los infantes de Aragón ¿qué se hicieron?” ¿Dónde moran aquellas esforzadas madres de héroes que por sus manos les calzaban la espuela? ¿Dónde está el capitán de nuestras epopeyas gloriosas? ¿Dónde está el soldado?

CHICO 3.º—(Asomando la cabeza.) ¡Presente!

DON GENER.—¡Ah! ¿Tú no escapaste? Ven aquí, levadura de batallador. (El chico se acerca a Don Generoso, habiendo cogido la carabina de Moniquito.) ¡Júrame por tu honor que hasta verter la última gota de tu sangre defenderás tu bandera, y si toda una división ha desertado, haremos tú y yo guerra de guerrillas! ¿Lo juras?

CHICO 3.º—Sí, señor.

DON GENER.—¿Sí? Pues mientras haya un soldado, habrá un ideal. ¡Paso ligero! ¡Mar...! (Echa a andar hacia la izquierda. Delante el chico, con el arma al hombro.)

CHICO 3.º—¡Un, dos, un, dos, un, dos!... (Mutis de ambos.)

CUSTODIA.—(Saliendo por la segunda de la derecha con Sagrario.) Me salgo pa no verlos de comer... ¡Qué hambrones!

SAGRARIO.—Como tú padeces del estómago...

CUSTODIA.—Y me salgo, además, pa preguntarte... ¿Es verdad que has despachao con cajas destemplás a Julián Herencia?

SAGRARIO.—No.

CUSTODIA.—¡Ah, vamos!

SAGRARIO.—Le he dao las gracias por haberse fijao en mí y le he dicho que, por ahora, buena estoy moza.

CUSTODIA.—Pues eso es una atrocidad.

SAGRARIO.—¿Qué quieres que le haga? Yo no puedo querer a ningún hombre.

CUSTODIA.—A ningún hombre que no sea Juan Pedro, y como

es un pobre gañán que en tu mesma casa ha servío, te quedas soltera pa in sécula. Pero ¿qué gracia condená le has visto a Juan Pedro?

SAGRARIO.—No me hagas sufrir con tus preguntas. ¿Sé yo misma la gracia que tiene? Ya ves que cinco o seis años ha estap en la casa sin que le encontrara ninguna. Pero, de repente, le vi enamorao de otra, a lo que parecía..., y me dió coraje que no se hubiera enamorao de mí.

CUSTODIA.—Ya lo has lograo, mujer.

SAGRARIO.—¡Calla!

CUSTODIA.—¿No oíste coplas antes de anoche?

SAGRARIO.—Las oí; pero ¿pa quién eran?

CUSTODIA.—¡Sabe Dios!...

Hasta el cielo volaría  
pa besar a las estrellas.  
¡De qué sería capaz  
sin moverme de la tierra!

SAGRARIO.—Ya ves... Eso no dice na...

CUSTODIA.—Amos, que tú las querías como las del Tonto de Alhambra...

Quiero a la Juana García,  
que tie decinueve abriles  
y tres yuntas y, además,  
dos tíos guardia-ceviles.

SAGRARIO.—Me quiera o no me quiera Juan Pedro...

CUSTODIA.—¡En mi querer naide manda!

SAGRARIO.—¿No han de mandar én él? ¡To el mundo manda! ¿No ves que no somos iguales? Tiras de pellejo así nos sacarian a mí y a mi hermano si yo diese oídos a ese querer.

*(Por el fondo salen Miguel y Julián, tipo de labrador acomodado.)*

MIGUEL.—Aquí la ties a mi hermana. *(A Sagrario.)* Julián que se despide.

JULIÁN.—Y pa no volver. Dos veces he pretendío lo que pretendí y eso prueba que no es cosa de fuego. Comprendo que soy poco pa ella.

SAGRARIO.—Eso no.

JULIÁN.—Y confío en que no dejaremos de tener la amistad de siempre.

MIGUEL.—Es claro.

JULIÁN.—Uno se deja llevar de su sentir, desoyendo la voz de la calle, y hay que comprender que muchas veces... la calle tie razón.

SAGRARIO.—¿Qué dicen por la calle de mí?

MIGUEL.—¿Qué dicen, Julián?

JULIÁN.—No dicen na que toque a la honra; pero ya ves si

mi pueblo está seis leguas de éste y hasta en mi pueblo se sabe que Sagrario ha despreciao los mejores partidos de la Mancha.

CUSTODIA.—Eso es verdá.

SAGRARIO.—Pero no creo que lo haya publicao la *Gaceta*.

JULIÁN.—¿No tenéis en la casa un ayudaor qué es de mi pueblo?

CUSTODIA.—Le tenían.

MIGUEL.—¿Juan Pedro?

JULIÁN.—Pues si alguna vez ha ido por allá, siempre le he preguntao por ti y siempre ha tenío qué decirme de dos o tres pretendientes desairaos.

SAGRARIO.—¿Es de tu pueblo ese hombre?

JULIÁN.—Es... y no es. Allí vivía desde que a los quince años le licenciaron en el hospicio. Es un buen chico, donde los haya.

MIGUEL.—Sí lo es.

JULIÁN.—Merecedor de haber nacío como Dios manda y de no haber ido a parar al torno de una inclusa.

*(Sagrario se apoya en la Custodia, desfallecida.)*

CUSTODIA.—*(Aparte a Sagrario.)* ¡Por Dios! ¡Que te se nota!

SAGRARIO.—*(Reponiéndose.)* Bueno, Julián... No te ofendas tampoco porque no haya podido ser...

MIGUEL.—Cuando la vieras novia con otro más rico o más señor, podrías pensar que tú eras poco.

JULIÁN.—Adiós, Sagrario. *(Alargándole la mano.)*

SAGRARIO.—Adiós...

MIGUEL.—Te acompaño a la plaza.

JULIÁN.—Como quieras. *(A Custodia.)* Adiós, hermana.

CUSTODIA.—Vaya usted con Dios.

*(Mutis por la izquierda de Julián y Miguel.)*

SAGRARIO.—¡Catalina!

CUSTODIA.—¿Qué vas a hacer?

SAGRARIO.—¡Na!

*(Sale Catalina por la derecha.)*

CATALINA.—¿Qué quiere usted?

SAGRARIO.—Que si va a durar la merienda hasta la noche.

MONIQ.—*(Saliendo.)* ¡S'acabó!

SAGRARIO.—Pues a ver si seguimos mondando la rosa.

CATALINA.—¡Al avío! *(Mutis por la derecha y en seguida salen mozas y mozos.)*

MONIQ.—Pero ¿quién me ha decomisao la carabina? *(Medio mutis a la izquierda.)*

CUSTODIA.—A ver si la ha cogío un muchacho y se va a disparar.

MONIQ.—¿Dice usted que se va a disparar? ¡Zumbalacárregui!  
Yo no me pierdo ese milagro. *(Sale corriendo por la izquierda.)*

MUSICA

*(Las mozas, con Sagrario y Catalina, vuelven a ocupar sus puestos en las mesas, reanudando la faena. A su lado, los mozos, de pie, las ayudan.)*

MOZAS. Si quieres que te lo diga,  
cantando te lo diré:  
el amor que te tenía  
por donde vino se fué.  
El amor que te tuve  
fué de bayeta;  
se le ha caído el pelo,  
ya no calienta.

*(Entra por la izquierda Juan Pedro con Quilino, Carmelo y algunos mozos más.)*

J. PEDRO. Buenas tardes tengan todos.

TODOS. Buenas tardes nos dé Dios.

SAGRARIO. *(Aparte.)*

¿A qué viene, madre mía?

CUSTODIA. *(Aparte.)*

¿Qué querrá el ayudaor?

J. PEDRO. Aunque soy forastero,  
sé la costumbre,  
y a ayudaros venimos  
como nos cumple.

SAGRARIO. La costumbre es que el novio  
junto a' la novia,  
la partija le aumente  
que a ella le toca.

J. PEDRO. Pero si una mocita  
no tiene amante,  
natural es que alguno  
venga a ayudarle.

SAGRARIO. Si alguno viene,  
sin palabras la dice  
que la pretende.

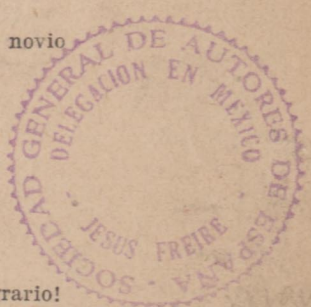
MOZAS. ¡Bien lo explica la Sagrario!

¡El a quién ayudará!

MOZOS. No te metas en dibujos.

Lo que sea' sonará.

*(Juan Pedro se pone junto a Sagrario, tomando una flor de la mesa para extraerle los estig-*



mas. Los otros mozos se unen a las mozas que no tienen pareja.)

J. PEDRO.

Ama,  
con su licencia,  
quiero ayudarla,  
pues siento pena  
viendo  
que a usted los mozos  
no se le acercan.

SAGRARIO.

(Poniéndose de pie.)  
Mira  
que me abochorna  
lo que pretendes.  
¡Corre  
por tus caminos  
sin ofenderme!

J. PEDRO.

¡Qué culpa' tiene el tomillo  
de haber nacido tan bajo!  
¡Qué culpa tiene el querer  
de andar arriba y abajo!

TODOS.

El pobre es pobre en su tierra;  
El rico es rico en su casa.

SAGRARIO.

Y la mujer, rica o pobre,  
nunca sabe donde manda.

J. PEDRO.

Perdone el ama Sagrario,  
perdone mi atrevimiento.  
¡Qué culpa tienen mis ojos  
de haber mirao para el cielo!

SAGRARIO.

Vete presto.  
Vete ya.  
Irse todos,  
por favor.

CUSTODIA.

¡A la calle!

TODOS.

Vamos ya.

SAGRARIO.

La faena  
se acabó.

(Mozas y mozos, después de un angustioso silencio, desfilan por la izquierda, mientras Juan Pedro, avergonzado, se repliega al primer término de este lado, y Sagrario, con la Custodia, hacia el primer término de la derecha.)

J. PEDRO.

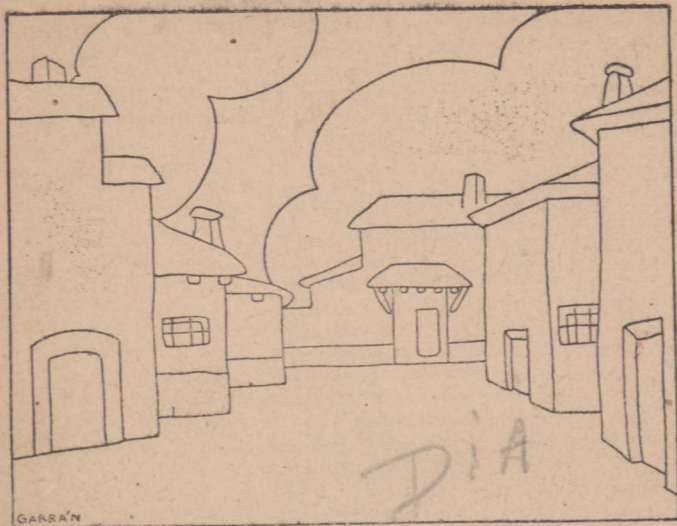
(Tomando en sus manos una rosa.)  
Tan frágil es el amor  
como esta' flor peregrina:  
se quiere al atardecer  
¡y a media noche se olvida!

(Mutis por la izquierda, desesperado. Custodia se lleva a Sagrario por la segunda de la izquierda.)

CATALINA.—(Que se ha quedado sola en el fondo, observando todo el juego. Recitado.) ¡Y pa esto me lo ha quitao? ¡Adúltera!

TELON RAPIDO





## ACTO SEGUNDO

### CUADRO CUARTO

Plazuela del Arcipreste, ya aludida en el cuadro primero. En el fondo derecha, parte de la casa labradora de SAGRARIO, de la que solamente se ve una pared blanca que cruza oblicuamente, perdiéndose por una calle que hay al fondo izquierda. En el centro tiene una portada de carros, con dos hojas y postigo en una de ellas, y en la segunda planta, ventanitas pequeñas y apaisadas, idénticas a la que ostenta en el primer cuadro de la obra el lateral derecho, pues esta portada es el acceso al porche que, en el referido cuadro, figuraba en dicho lateral. A un lado de la portada, un poyo de mampostería. A la derecha, en primer término, casa pequeña, de una sola planta, con puerta practicable. Entre ésta y la de Sagrario, otra calle, continuación de la que viene por el fondo izquierda. A la izquierda, dos casitas, también pequeñas, separadas entre sí por una tercera calle. La línea de fachadas de ambas es perpendicular a la pared de la de Sagrario. Las cuatro edificaciones tienen las fachadas limpiamente enjalbegadas de cal con frisos de una vara, verde, azul plumizo, rosa fuerte y naranja claro, respectivamente. En la de la derecha vive la CUSTODIA; en la del fondo izquierda, DON GENEROSO, y en la del primer término de la izquierda, CARRACUCA. Un cielo muy profundamente azul recorta los tejados. Es de día.



*Con suela = Banguell = niño  
papa =*

(Nadie en escena. A poco salen de la casita de la derecha la Custodia, la Dominica y el Chico 1.º; éste con una cartera de colegial colgada.)

DOMINICA.—Y ¿tú crees que no será na lo del muchacho?

CUSTODIA.—Na, te digo. Una onza de sal de higuera y mañana, tan campante.

DOMINICA.—To esto, ya se lo digo yo a su padre, es de la escuela. El maestro los tie dos horas escribiendo latín y otras dos escribiendo historia. Y las cuatro horas..., de pie.

CUSTODIA.—Mu fácil que por eso haiga pillao un asiento.

DOMINICA.—¿Te has fijao cómo tie la lengua? Anda, hijo, sácale la lengua a la hermana Custodia.

CUSTODIA.—¿A ver? Oye, ¡si la tie morá!

CHICO 1.º.—Eso es de la caligrafía. *pluma*

DOMINICA.—Pero ¿también escribes caligrafía?

CUSTODIA.—La escribe y la lame.

DOMINICA.—Güeno, ¿qué te tengo que dar?

CUSTODIA.—Lo que sea tu voluntá.

DOMINICA.—Mira, toma. (*Extrae de su faltriquera una patata y se la da a Custodia.*) ¡Pa un guiso!

CUSTODIA.—¿Me das una patata agusaná?

DOMINICA.—Que no está agusaná, que es que tie una sorpresa.

CUSTODIA.—Amos, anda, dale esa sorpresa a tu marido, a ver si le hace tanta gracia como la otra que le diste.

DOMINICA.—¿Yo?

CUSTODIA.—Cuando nació la Madalena, que hacía dos meses que os habíais casao y medio año que os habíais conocio.

DOMINICA.—Pues mia tú.

CHICO.—¡Amonos, madre!

DOMINICA.—¡Y bien que sí!

CUSTODIA.—Anda de ahí, marraja, que paeces una lechuza desvelá.

DOMINICA.—Y tú ¿qué paeces?

CUSTODIA.—Parezgo tonta, porque no te he sacudío entavía.

DOMINICA.—(*Al mutis, sacándole la lengua.*) ¡Ah!

CUSTODIA.—Púrgate tú también. ¡Con jalapa! (*Mutis Dominica y el chico por la primera calle de la izquierda.*) ¡Nos ha molío ésta!... *Charito*

CATALINA.—(*Saliendo de la casa del fondo.*) ¿Qué le pasa a usted?

CUSTODIA.—Esa runibona de la Dominica, que me quie pagar las consultas en desperdicios.

CATALINA.—Pues así le pagan a don Juan José, que es licencia en cirugía.

CUSTODIA.—Pero yo no soy el médico. Y hay que distinguir.  
¿Anda por ahí tu ama?

CATALINA.—Está en la misa de la Gertrudis, que en paz descanse.

CUSTODIA.—Yo no he podido dir. No me dejan los enfermos. Y ahora tengo que dir en ca el escribano, que no sé qué le pasa en la chimenea.

CATALINA.—Mu bien se ha portao Carracuca' con la Gertrudis. Le ha hecho entierro de medio doble.

CUSTODIA.—Y por él se lo hubiera hecho de capitán general. ¡Menuda pepla se ha quitao de encima!

CATALINA.—Y ¿será cierto que ella le pegaba?

CUSTODIA.—En cuanto le daba el histérico. ¿Pus no le has visto lo señalao que está? Hace tres días le tiró a la cabeza una plancha y lo ha dejao cojo. Porque, eso sí, puntería no tenía la probe.

CATALINA.—¡Gra...!

CUSTODIA.—¿Qué te pasa?

CATALINA.—Misté quien viene por ahí.

CUSTODIA.—¡Juan Pedro!

CATALINA.—Pero si va pa diez meses que se marchó del pueblo y dijo que no golvía.

CUSTODIA.—Vendrá a por algo que se le olvidaba.

CATALINA.—¡Eso es un hombre y no el san cristán que me ha tocao en suerte!

CUSTODIA.—Y ¿cuándo sos casáis?

CATALINA.—Nunca, porque él no cuenta más que con San Roque y ca día le produce menos.

*(Entra Juan Pedro por el foro derecha. Ellas han avanzado hacia los primeros términos y él cruza de derecha a izquierda sin haberlas visto.)*

CUSTODIA.—Anda con Dios, Juan Pedro.

J. PEDRO.—*(Deteniéndose y acercándose.)* Buenos días, hermana' Custodia y la buena compañía.

CATALINA.—Se agradece, hombre.

CUSTODIA.—¿Por dónde te has perdido?

J. PEDRO.—Por el mundo voy.

CUSTODIA.—Y ahora ¿vas de paso?

J. PEDRO.—No, señora; que en este pueblo tengo la querencia y aquí vengo a vivir... y a casarme.

CUSTODIA.—Con...

J. PEDRO.—No se sabe con quien. Eso que está usted pensando yo comprendo que era un imposible pa mí; pero yo a este pueblo le tengo ley... y en este pueblo tengo que ser casao.

CATALINA.—Bueno, hombre... Eso está bueno.

J. PEDRO.—Arreglaos traigo los papeles pa en cuanto tenga novia.

CUSTODIA.—¿Qué papeles traes?

J. PEDRO.—Ea, los que se precisan. Solo en el mundo no puedo vivir más. A ajustarme vengo donde me quieran y a enamorarme de quien me enamore, si buenamente pue ser.

CUSTODIA.—¿No quies descansar y agua fresca?

J. PEDRO.—Se agradece, porque hace un calor...

CATALINA.—Como de agosto que es.

J. PEDRO.—El jueves, la Virgen. Y por eso he venío a ajustarme.

CUSTODIA.—Entra, pues, amigo.

J. PEDRO.—Allá voy. Algo tendremos que platicar. *(A Catalina.)* Y adiós..., pimpollo. *(Mutis a casa de Custodia, precedido por ésta.)*

CATALINA.—¡Flechá me ha dejao! Que a Moniquito le doy yo el canuto es más fijo que el sol. Porque Moniquito... no es que sea mal hombre; pero no suda. Y un hombre que no suda no es un porvenir.

*(Aparece Moniquito por el foro izquierda, agobiado por el peso y el abrigo de un capote de paño pardo, clásico en las ceremonias funerarias.)*

MONIQ.—Perc a esta probe mujer ¿por qué no se le ha ocurrido morirse en el invierno?

CATALINA.—M'alegro que vengas. Pero ¿cómo vienes?...

MONIQ.—Pues, mia tú: ¡chorreando!

CATALINA.—¿Sudando?

MONIQ.—Toca aquí... Y aquí.

CATALINA.—Sí que es verdá.

MONIQ.—Si estas capas de ceremonia son peores que cavar al sol. Mia lo que pesa.

CATALINA.—Cuando tú sudas sí que será de abrigo.

MONIQ.—Lana dulce, na más. Chupa aquí.

CATALINA.—Chupa tú, condenao.

MONIQ.—Pero m'has dicho que te alegrabas que viniera.

CATALINA.—Pa decirte una cosa' que... ¿Cuándo nos casamos?

MONIQ.—¡Dios lo sabe!

CATALINA.—Y tú ¿con qué cuentas pa la boda?

MONIQ.—Cuento contigo, con el cura y con la banda municipal. Porque yo es que me caso con música.

CATALINA.—Con música pue que sí; pero lo que es conmigo...

MONIQ.—Y eso ¿por qué?

CATALINA.—Por qué ya me duelen a mí las muelas de que to lo fías en el santo. Y a un santo no se le puen pedir gollerías. Tú me dijiste que te agarrarías a algo, y ¿a qué te has agarrao?

MONIQ.—¿Ya no te acuerdas de la gofetá que me diste?

CATALINA.—¿Te has hecho gañán?

MONIQ.—No.

CATALINA.—¿Te has hecho albañil?

MONIQ.—No.

CATALINA.—Di... ¿Qué te has hecho?

MONIQ.—Me he hecho vegetariano.

CATALINA.—Pues esto se acabó. ¿Te enteras? Se acabó pa siempre.

MONIQ.—¡Magras!

CATALINA.—¿Magras? O torreznos, pero ca uno por su lao.

*109*  
*EM* *y yo somos el perro*  
MUSICA

MONIQ.

Pero ven acá.

CATALINA.

No me vengas con lisonjas.

¡No me digas na!

MONIQ.

Ya verás cómo te esponjas.

CATALINA.

No te quiero oír.

MONIQ.

Pues te lo diré por señas.

CATALINA.

Lo pues escribir.

MONIQ.

Te lo escribo si te empeñas.

CATALINA.

Pero es inútil

lo que me digas.

MONIQ.

Eres más terca

que un jabalí.

CATALINA.

Tú eres más suave

que las ortigas.

MONIQ.

¡Pa mí que mucho!

CATALINA.

¡Pa mí que sí!

MONIQ.

Yo soy la luna

y tú eres el espejo

de la laguna

donde la rueda brilla

de mi fortuna.

CATALINA.

Si soy espejo,

no caso con un hombre

que es un pellejo.

Por eso, Moniquito,

me desaparejo.

MONIQ.

Tú no me quieres

porque prefieres

un hombre de esos

CATALINA.

que nunca se echan  
y que aprovechan  
hasta los huesos.—

Yo te abomino,  
porque el camino  
que tú has tomado  
es el de estarte  
siempre tumbao,  
sin levantarte  
más que pa echarte  
del otro lao.

MONIQ.

¡Hasta ahora sí que  
no me has matao!

CATALINA.

Yo necesito  
que el hombre que me quiera  
sea bonito;  
pero, además, que sude  
como un bendito.—

MONIQ.

¡Mira qué guapa!  
Lo que tú te propones  
no me se escapa:  
¡que vaya to el verano  
con esta capa!

CATALINA.

Que te aplicases  
y te agarrases  
a algún oficio.—

MONIQ.

Al de escribano,  
que es el más sano  
y alimenticio.

CATALINA.

Yo te aseguro,  
porque lo juro,  
que se ha acabao.

MONIQ.

Por lo que veo,  
te has atufao.

CATALINA.

Porque no creo  
que exista un feo  
más desahogao.

MONIQ.

¡Se ha güelto loca!

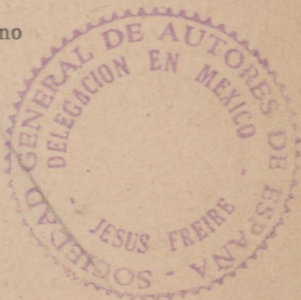
CATALINA.

¡Se ha rematao!

(Desde la puerta del fondo.)

¡Miau!

(Mutis.)



MONIQ.

(Desde la esquina primera de la izquierda.)  
¡Miau!  
(Mutis.)

HABLADO

MONIQ.—(Volviendo a salir.) Y ¿adónde voy yo, sin haberle dao el pésame a Carracuca? ¡Lo que son las mujeres! La que más y la que menos paece una yegua... y es una borrica. (Sale Don Generoso de su casa—segunda de la izquierda—con unos cuantos cartones, de regular tamaño, bajo el brazo, dirigiéndose, serio y silencioso, a la puerta del fondo. Al verle salir.) Buenos días, don Generoso.

DON GENER.—Buenos días, amigo. (Pone los cartones en el suelo, toma uno, lo cuelga en la puerta del fondo, recoge los demás, se los pone otra vez bajo el brazo y se dirige hacia la calle de la derecha. El cartel colgado dice: "Se vende".)

MONIQ.—¡Vaya usted con Dios!

DON GENER.—¡Adiós, amigo! (Mutis con la misma sriedad.)

MONIQ.—¡Zumbalacárregui! "Se vende". ¡Qué tío más grande! ¡El amo del pueblo!

MUSICA

(Por el fondo izquierda sale un grupo de hombres, todos con sus capotes pardos, presididos por Carracuca, que viste de negro con capote pardo y cojea discretamente. Llegan a la puerta primera de la izquierda y los hombres van estrechando la mano de Carracuca, a cuyo lado se ha puesto Moniquito.)

CORO. ¡Conformidá!

CARRAC. ¡Qué voy a hacer!

CORO. ¡Resinación!

CARRAC. ¡Cómo ha de ser!

MONIQ.—(Recitado.) ¡Peor fuá no verlo!

(Mientras los hombres se van despidiendo, marchándose por la primera calle de la derecha, Carracuca lanza suspiros entrecortados y Moniquito le ayuda. Detrás de los hombres ha aparecido un grupo de mujeres con medios mantos a la cabeza.)

CORO. Y agora ¿qué vas a hacer?

¡Lo tienes que cavilar!

Si te has quedao sin mujer,

¡así no puedes estar!

CARRAC. Yo mesmo me he calculao que en algo debe pensar.

MONIQ. El pobre está apabullao.

CORO. ¡Se va' a tener que casar!

- CARRAC. Ya comprendo que yo solo  
con las cinco creaturas  
voy a verme en un apuro  
pa sentarles las costuras.
- MONIQ. ¿Quién les cose? ¿Quién les plancha?  
¿Quién les barre? ¿Quién les guisa?  
¿Quién les suena las narices?  
¿Quién les lava la camisa?  
¡Son tan chicos!  
¡Son tan guarros!
- CARRAC. ¡Tan corticos!  
MONIQ. ¡Tan cerraos!
- CARRAC. Sin su madre están perdíos.  
MONIQ. ¡Sí que están extraviaos!
- CARRAC. *(Cuatro mujeres apartan a Carracuca, rodeán-  
dole.)*
- GRUPO 1.º La' Juliana  
de casarse contigo tie gana;  
pues ya sabes que es medio tontiza,  
y es sana y rolliza  
como una manzana...
- MONIQ. *(Cogiendo a Carracuca y llevándoselo a otro lado.)*  
¡No me gusta pa ti la Juliana!  
*(Otro grupo de mujeres se apodera de Carracuca,  
rodeándole.)*
- GRUPO 2.º La Clementa  
va a cumplir este mes los cuarenta,  
y es tan guapa y graciosa entavía  
que nadie diría  
los años que cuenta...
- MONIQ. *(Repitiendo el juego.)*  
¡Pues tampoco me va la Clementa!
- GRUPO 1.º ¿Y a' ti qué te importa?  
GRUPO 2.º ¿Y a ti qué te va?  
CARRAC. Cuando lo hace será conveniente.  
TODAS. ¡Cuando él lo consiente  
por algo será!

MONIQ. La Juliana no me gusta  
porque tiene un ojo tuno,  
y no digo na del otro  
porque no tie más que uno.  
Y tocante a la Clementa,  
¡cuántas cosas te diría!

CARRAC. Pues ahorrarte el inventario,  
¡porque fué mi ama de cría!

GRUPO 1.º Ten en cuenta que eres viudo.

GRUPO 2.º Que no hay tantas pa escoger.

MONIQ. Pero al menos que en vesita  
no la tenga que esconder.  
(Un tercer grupo de cuatro aparta a Moniquito,  
rodeándole.)

GRUPO 3.º La Calixta,  
si la hubiás encargao a un artista,  
no le sale tan mona y tan maja,  
porque es una' alhaja  
de hermosa y de lista.  
(Apartando a Moniquito.)

CARRAC. ¡Es muy poco pa mí la Calixta!  
(Un cuarto grupo capta y rodea a Moniquito.)

GRUPO 4.º La Jacoba  
¡hay que verla moviendo la escoba  
o guisando en las ollas de barro!  
¡Y el lomo de guarro  
lo bien que lo adoba!  
(Despreciativo.)

CARRAC. ¡Que se vaya a fregar la Jacoba!

GRUPO 4.º ¡Pues sí que eres tonto!

GRUPO 3.º ¡Pues no pides na!

GRUPO 2.º ¡Querrá una princesa!

GRUPO 1.º ¡La reina querrá!  
(Conforme dicen su frase se van a una esquina  
cada grupo.)

TODAS. (Con coquetería.)

MONIQ. Si tú quieres, Carracuca,  
yo no tengo inconveniente.

TODAS. Si es que el médico le ha dicho  
que no tome na caliente.  
(Después de mirar picarescamente a Carracuca y de mos-  
trarle cada una un poco de pantorrilla, hacen mutis simultá-  
neamente todas las mujeres.)

HABLADO

CARRAC.—¿Tú las oyes, Moniquito? (Suspirando.) ¡Ay!

MONIQ.—Y no les falta razón. (Se ha quitado el capote, de-  
jándolo en el poyete del fondo.)

CARRAC.—Como quieras; pero, mira, pa mí to son recuerdos.  
¿Ves esta descalabradora que parece un surco? (Enternecido.)  
¡Pues es de ella! ¡Y quieren esas mozas que yo la olvide!



MONIQ.—A una mujer así no se la sustituye tan fácil.

CARRAC.—Eso digo yo. Si es que no me se borra de la imaginación. Voy al corral... ¡y allí está la escoba con que m'atizaba! (*Llorando.*) Me siento a comer y no pueo ni masticar..., ¡porque la probe m'ha deja'o sin muelas!

MONIQ.—¡Probecilla!

CARRAC.—¡Y con un cariño!

MONIQ.—Sin embargo, ties que hacerte el ánimo a la conformidá. Y ties que casarte.

CARRAC.—Pero ¿dónde voy a encontrar una mujer que me llene?

MONIQ.—¿Que te llene de desconchaos? Pues a lo mejor la encuentras. La Gertrudis ¿te ha fiatura'o alguna costilla?

CARRAC.—Eso, no.

MONIQ.—Pues entonces alegra esa cara, que aun ties porvenir.

CARRAC.—Además, yo ya he perdío la gracia pa enamorar.

MONIQ.—Es cuestión de dos ratimagos, tres frases y un colofón. Ratimago primero. (*Guiña un ojo y da una cabezada como un derrote.*) Lo del guiño es pa que se fije, y lo de la cabezá, pa que te llame.

CARRAC.—(*Remedando la cabezada.*) ¡Y no me llamará algo feo?

MONIQ.—Entonces tú te lanzas y dices: “¿A cuántos estamos hoy?” Y ella te contesta: “A decisiete.” Y tú vas y le dices: “Pues... decisiete razones tengo pa amarte.”

CARRAC.—To eso pa mí es pan mascao.

MONIQ.—Ahora es cuando pega el segundo ratimago. (*Da un paseillo que termina quedándose parado con los brazos en jarras.*) Esto significa' que ties a cada lao una alcayata y que o se cuelga ella o te cuelgas tú.

CARRAC.—Yo no me cuelgo por desaire más o menos.

MONIQ.—Si es que, aunque te cuelgues, luego te descuelgas con esta frase: “¡Viva el ayuntamiento!”

CARRAC.—Te advierto que estoy a matar con el alicade.

MONIQ.—Yo me refiero a' de tú y ella. Y ahora el colofón. (*Conforme está en jarras le da un codazo en la espalda.*)

CARRAC.—Y ¿crees que con este paseito la' convenceré?

MONIQ.—¡Amos! Si ahora ties un balanceo que te hace la mar de airoso.

CARRAC.—(*Echándose a llorar.*) ¡Otro recuerdo de aquella bendita!

MONIQ.—¡Sobar! No llores.

CARRAC.—Si es que tengo una pena' que yo no estoy pa na.

MONIQ.—Esa te la quito yo... (*Medio mutis.*)

CARRAC.—¡No me traigas a San Roque que es otro recuerdo!

MONIQ.—Lo que voy a traerte es una guitarra, y aquí nos estamos yo y tú hasta que bailes de coronilla.

CARRAC.—Pero si yo soy mu negao pa la música.

MONIQ.—A otros más cerraos se la he metío yo en la cabeza. Güelvo al contaó. *(Se dirige a coger el capote.)*

CARRAC.—*(Va a entrar en su casa y al dar frente al interior se detiene.)* ¡Qué te paéce! Veo la mano del amirez... ¡y me se parte el alma! *(Mutis berreando a su casa, mientras Moniquito lo hace por el fondo izquierda.)*

CATALINA.—*(Asomándose a la portaña del fondo, mirando hacia donde se fué Moniquito.)*

Ronda, ronda, rondaor,  
que por mucho que te canses,  
ni yo me peino pa ti;  
ni tú te lavas por naide.

J. PEDRO.—*(Saliendo de casa de la Custodia.)* ¿Eres tú, Catalinilla?

CATALINA.—Yo soy.

J. PEDRO.—*(Acercándose.)* Ya me ha dicho la hermana Custodia que lo de Moniquito se va formalizando.

CATALINA.—Causalmente has acertao, porque hemos desconcluíó.

J. PEDRO.—Me alegro.

CATALINA.—¿De verdá te alegras?

J. PEDRO.—Me alegro de verdá, porque yo a un amigo no le hago un mal tercio. Y, puesto a buscar mujer, ¿cuál más buena que tú?

CATALINA.—¡Ea!... *(Ruborosa.)*

J. PEDRO.—Piénsalo.

*(Aparecen en la calle primera de la izquierda Sagrario y Lorenza. Vienen de la iglesia, y la segunda trae la sillita del ama.)*

LORENZA.—¡Ama!

SAGRARIO.—Cállate, mujer.

J. PEDRO.—Lo piensas con despácio, porque no es fritura que se achicharre.

CATALINA.—Medio pensao lo ténigo; pero aguárdate al día de la Virgen.

J. PEDRO.—Poca es la espera.

CATALINA.—*(Viendo a Sagrario.)* ¡El ama!

*(Y se entra en la casa como un rayo. Sagrario y Lorenza avanzan entonces.)*

LORENZA.—Buenos días, Juan Pedro.

J. PEDRO.—Buenos días.

SAGRARIO.—Entrate eso a la casa.

P.M.

LORENZA.—¡Con Dios! (*Entra por la portada. Juan Pedro se dirige a casa de Carracuca.*)

SAGRARIO.—¿Te vas?

J. PEDRO.—A dar un pésame. Me he enterao al venir y...

SAGRARIO.—¿A qué has venío?

J. PEDRO.—A na que pueda mortificar al ama.

SAGRARIO.—Yo no soy tu ama.

J. PEDRO.—Ahora no.

SAGRARIO.—Pero... ¿es que no se te ha olvidao la Catalinilla?

J. PEDRO.—Na se me ha olvidao.

SAGRARIO.—Ni a mí tampoco.

J. PEDRO.—Con que me hubiera usté perdonao...

SAGRARIO.—(*Emocionada.*) Juan Pedro, ¿de verdá me querías tú?

J. PEDRO.—Como no se ha querío antes ni se vuelve a querer.

SAGRARIO.—Pues si me has querío, vuélvete a marchar. ¡Pa siempre.

J. PEDRO.—Ama.

SAGRARIO.—Sagrario.

J. PEDRO.—¡Sagrario!...

SAGRARIO.—Ojos que no ven, corazón que no siente... Vete con tu cariño... y con el mío... Y hasta si quieres, cástate con otra; pero que no lo vea yo..., porque me da una pena de morirme.

J. PEDRO.—(*Dándole la mano.*) Adiós..., Sagrario.

SAGRARIO.—Adiós.

J. PEDRO.—Cuando digo que me vuelvo a marchar, bien te aseguro que te quiero.

SAGRARIO.—Y cuando yo te pido que te vayas, es porque no me atrevo a decir que te quedas.

J. PEDRO.—¡Quién fuera... alguien!

SAGRARIO.—¡Quién fuera pobre!

(*Mutis de él a casa de Carracuca.*)

11011

E MUSICA

SAGRARIO.

No me duele que se vaya,  
no me importa que me olvide:  
lo que siento es que sus ojos  
en otra mujer se fijen  
y mirarlo con los míos  
y no poderla decir:  
Muchacha, no te ilusiones,  
porque ese mozo es pa mí.  
Quisiera que se marchara  
volando,

que hubiese cuarenta leguas  
por medio,  
que nadie me lo mentara  
siquiera...

Y luego querría verle  
de lejos.

¡Ay! ¡Qué me pasa!  
¡Qué es lo que tengo!  
Con él... ¡quién piensa!  
Sin él... me muero.

La mujer que se hace esclava  
de un querer que es imposible,  
ni descansa, ni sosiega,  
ni es digna de que la miren,  
porque nadie se condele  
del mal que la hace sufrir.

¡Malhayan las conveniencias  
que me separan de ti!

*(Se va acercando a la portada del fondo.)*

Aléjate de mi lado  
pa siempre.

Aléjate y no te olvides  
de mí.

¡Ay! ¡Qué en mal hora  
te conocí!

¡Adiós..., Juan Pedro,  
y sé feliz!...

*(Mutis.)*

#### HABLADO

CUSTODIA.—*(Asomando en la puerta de su casa.)* ¡Hablando sola va esa mujer! ¡Mordiéndole el aire se ha marchao ese hombre! El no me s'importa mucho, por más que es mu galán y mu buen hombre. Pero lo que es ella... *(Sale Juan Pedro de casa de Carracuca.)* ¡Arrepara cómo viene de esmereció!

J. PEDRO.—Ea, hermana Custodia, pues adiós pa siempre.

CUSTODIA.—¿Que te vas? ¡Ja, ja, jamones!

J. PEDRO.—Na tengo que hacer en el pueblo. La he vuelto a ver y...

CUSTODIA.—¡Cabalico! Y estáis entrambos como pa que sos aten... el uno al otro.

J. PEDRO.—Hay ataduras que no ligan, hermana. Las conve-

niencias son como son. Ella es una labradora rica y yo soy un pobre. Y además, un concejo miserable, sin familia, sin nombre y sin honra. Que lo de pobre tendría arreglo con afanes de trabajar y suerte y buen tempero.

CUSTODIA.—To tie arreglo, hombre. (Pausa.) ¡Mía que si tú resultaras hijo de don Generoso! Pariente de duques y mayoralazgo de esa mesma casa. ¡Na más que eso!

J. PEDRO.—Eso no es verdá.

CUSTODIA.—Claro que no es verdá, pero... ¡Tú déjame a mí! Te cargas a tos los ricachos del partío.

J. PEDRO.—Es un dislate, hermana.

CUSTODIA.—Pero ¿la quieres o no?

J. PEDRO.—Más que a mi vida.

CUSTODIA.—¡Pues entonces! Trae esos papeles que llevas... y déjame a mí! ¿O es que ties reparo en hacer un bien?

J. PEDRO.—Hermana Custodia, piense usted que eso no es un bien, que si mi padre supiera algún día que he renegao de él...

CUSTODIA.—Sí, que tú debes de ser hijo del Caballero dé la Triste Figura.

J. PEDRO.—Son cosas muy graves pa andar hurgando en ellas.

CUSTODIA.—Trae esos papeles, jinojo.

J. PEDRO.—Pero ¿qué va usted a hacer?

CUSTODIA.—La felicidad de media docena de seres: la Sagra-rio, tú, su hermano, tu padre adotivo y el juez y el señor cura, que no lo perderán... Y reventar a más de cuatro que se están bañando en agua de rosas.

J. PEDRO.—Pero ¿qué hechura legal tiene eso?

CUSTODIA.—Hasta molde hay pa estas cosas. ¿O crees que yo soy una indígena? Trae los papeles, porra, y déjame a mí, que entre yo y don Paco el Gafas, que es el tío más lince del pueblo, encontrarmos una pramática que venga al caso. (Juan Pedro, silencioso, saca de su bolsillo unos pliegos doblados y se los entrega.) Y ahora te vas. Pero dentro de cuatro o seis días güelves y... no digo más.

J. PEDRO.—Por ella lo hago, hermana.

CUSTODIA.—Echale una' mirá a esa pader... (Por la tapia del fondo.), que a lo mejor te se transparenta.

J. PEDRO.—Usted me quiere hacer un bellaco.

CUSTODIA.—Toma, toma, galán, que yo no hago na contra conciencia. (Alargándole la mano con los papeles.) No los coges, ¿verdá? Como que la conciencia te dice que esto, que parece una superchería, es más güeno que un milagro. Y si no, al tiempo.

J. PEDRO.—Dios dirá. (Matis por el fondo derecha.)

CUSTODIA.—(Examinando los papeles.) Luego dicen de las casualidás. ¡Cuatro días se llevan éste y el otro!

Charito: *lio raba*  
2010

(Sale por la portada del fondo Catalina con un bato de ropa bajo el brazo.)

CATALINA.—A buscarla ina.

CUSTODIA.—¿Qué tripa te se ha roto a ti?

CATALINA.—Que me acompañe usted a mi casa. ¡Cosas del querer!

CUSTODIA.—Pero ¿a estas horas vas a platicar?

CATALINA.—¿Qué platicar, si hemos descompadrao yo y Moniquito? Es que Juan Pedro güelva a las andás... y el ama se lo ha maliciao y me despide. ¡Y ahora sí que le digo que sí! ¡Con lo que él me gusta!

CUSTODIA.—Mía que hace calor, ¿eh?

CATALINA.—¿Qué dice usted?

CUSTODIA.—Que en ese hombre no ties que pensar.

CATALINA.—¡Vaya! Que, con toas estas cosas, ya voy pa moza vieja y ni pa Dios me caso.

(Sale Carracuca, ya sin el capote, quedándose junto a la puerta.)

CARRAC.—¡Me se cae la casa encima!

CUSTODIA.—¡Mía ese probe!

CATALINA.—Ya, ya...

CARRAC.—(Mirando a Catalina y sintiéndose como electrizado.) ¡Reconchis! ¡Qué colorcicos tie la Catalina!

CUSTODIA.—Es natural que hable solo. ¡Con esa esgracia!

CARRAC.—(Guiña un ojo y da el cabezazo, casi pegándose con el quicio de la puerta.)

CATALINA.—¡Si hasta se pega contra las paderes!

CARRAC.—(Avanza hacia las mujeres, cojeando jacarandoso.) ¿A cuántos estamos hoy?

CATALINA.—A martes.

CARRAC.—(Ráscase la cabeza, dudando; pero luego se arranca.) ¡Amarte es mi inclinación y por eso t'amo!

(Aparece Moniquito por el foro izquierda con la guitarra al brazo.)

CUSTODIA.—¿Qué dices, hombre?

CATALINA.—¿He oído bien?

CARRAC.—(Dándole a Catalina un buen metido en la espalda.) ¡Viva el ayuntamiento!

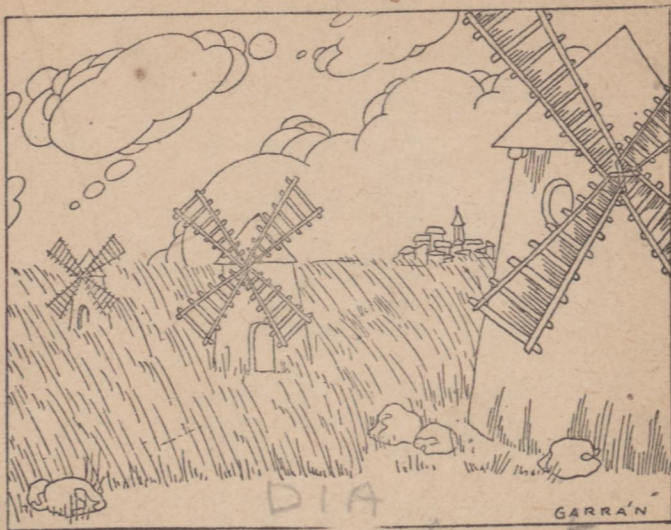
MONIQ.—¡Zumbalacárregui! (Enarbolando la guitarra.)

CATALINA.—¡Cuidao tú! (A Carracuca.)

CUSTODIA.—(Interponiéndose ante Moniquito.) ¡Muchacho!

MONIQ.—¡Déjeme usted, sobar! Que ése es mu negao pa la guitarra y yo he jurao que se la meto en la cabeza.

(Carracuca huye, le amenaza Moniquito y a éste le sujeta la Custodia.)



~~Copa~~ Charito 2  
 CUADRO QUINTO

Telón corto. Paisaje de agosto a pleno sol. Campos de mies, rastrojos y viñedos lejanos. Cinco o seis molinos de viento, más o menos próximos.

MUSICA

ESPIGAD.

(Dentro.)

- Acudid, - muchachas,  
 a la rastrojera,  
 que los segadores  
 ya' se van de vuelta.

(Salen las espigadoras y, al frente de ellas, Catalina. Todas llevan haces de espigas bajo el brazo y en la cabeza sombreros de palma.)

- Acudid, - muchachas,  
 a la rastrojera,  
 que los segadores  
 ya' se van de vuelta.

CATALINA.

Esta mañana,  
 muy tempranico.

sali del pueblo  
con el hatico.

Y como entonces la aurora venía,  
yo la recibía  
cantando como un pajarico.

*Alaino*  
ESPIGAD.

Esta mañana,  
muy tempranico.

CATALINA.

Por los carriles  
de los rastrojos,  
soy la hormiguica  
de los despojos.

*pa*  
ESPIGAD.

Y como tiene  
muy buenos ojos,  
espiga a veces  
en los manojos.

CATALINA.

¡Ay,

ay, ay, ay!...

¡Qué trabajos nos manda el Señor!  
Levantarse y volverse a agachar,  
todo el día a los aires y al sol.

ESPIGAD.

¡Ay,

ay, ay, ay!...

Ten memoria de mí, segador;  
no arrebañes los campos de mies,  
que detrás de las hoces voy yo.

*Alaino*  
CATALINA.

La espigadora  
con su gavilla *esportilla*  
paece la sombra  
de la cuadrilla.

Sufre, espigando tras los segadores,  
los mismos sudores  
que el hombre que siega y que trilla.

ESPIGAD.

La espigadora  
**con su gavilla.** *esportillas*

CATALINA.

En cuanto suenan  
las caracolas,  
por esos trigos  
van ellas solas.  
Y se engalanan  
con amapolas,  
sin abalorios  
ni angaripolas.

*Alaino*  
ESPIGAD.

¡Ay,

ay, ay, ay!...

¡Qué trabajos nos manda el Señor!  
Levantarse y volverse a agachar,



todo el día a los aires y al sol.

ESPIGAD.

¡Ay,

ay, ay, ay!...

Ten memoria de mí, segador;  
no arrebañes los campos de mies,  
que detrás de las hoces voy yo.

SEGADORES.

(Dentro.)

¡Ay,

ay, ay, ay!...

No arrebaño los campos de mies,  
porque aguardo que vengas tú aquí  
pa escuchar lo que vale un querer...  
(Haciendo mutis por la izquierda.)

ESPIGAD.

¡Ay,

ay, ay, ay!...

Si a tu lado me aguarda un querer,  
no me importan los aires y el sol,  
ni que arranques de cuaño la mies.

#### HABLADO

(Sale Carracuca por la derecha, en mangas de camisa y con una horca de aventar en la mano o al hombro. Hace con el brazo llamadas a Catalina.)

CARRAC.—¡Eh! ¡Gorriona!

(Vuelve a salir Catalina con otras dos espigadoras.)

CATALINA.—Pero ¿estabas ahí?

CARRAC.—Ahí, ablentando.

CATALINA.—Si paece el dios de las aguas.

CARRAC.—No, piropos ya sabes que no te los aceto. Eso me corresponde a mí, ¡melcocha de mi existencia!

CATALINA.—Y ¿cómo no te habremos visto?

CARRAC.—No será porque no levantó polvo, que con este aire solano te pones a ablentar y parece que estás batiendo nubes. Yo sí que te he visto; pero aguardaba a ver si tú me hacías alguna demostración de afezto. Pero... na: ni un mal pedrucazo.

CATALINA.—Ni yo he sido pastor, ni tú eres oveja.

CARRAC.—No soy oveja; pero... ¡A mí no me hagas estas cosas! Eso de pasar de largo... es como despreciarme. Y ¡cuidao con despreciarme, pues poco que se alegrarían la Juliana, la Clementa, la Calixta, la Jacoba y un porción más que están desfallecías por mí!

CATALINA.—¡Qué barbaridá!

CARRAC.—Ya lo has dicho tú antes (Pavoneándose): ¡El dios de las enaguas!

(Sale por la derecha la Custodia.)

CUSTODIA.—Que güenas tardes.

CATALINA.—No me hablo con usté.

CUSTODIA.—Pues... ¡adiós! (*Avanza hacia la izquierda.*) Como t'has apañao con un viudo y no hay que llevarle a platicar...

CATALINA.—No es por eso. Pero el haber hecho señor a Juan Pedro, cuando ya no es pa mí...

CARRAC.—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!... Que si me mientas otro querer trasnochao, te hablo yo de la Gertrudis. ¡Que aun no me se ha olvidao!

CUSTODIA.—Y que a Juan Pedro yo no lo he hecho señor: lo hacen las leyes.

CATALINA.—Y ¿qué pruebas hay que sea hijo de don Generoso?

CUSTODIA.—Pruebas..., denguna. Que es hijo suyo y na más. ¿Qué pruebas hay de que seas hija del tío Malcuerna?

CATALINA.—Que consta en la parroquia, hermana.

CUSTODIA.—Pa prueba no es bastante, aunque sea más verdá que el vino mozo.

CARRAC.—¡Que lo es!

CUSTODIA.—Pus esto es igual, galanes... Don Generoso pue probar únicamente que el día tantos de tantos entró por el torno de la casa—cuna un infante que llevó servidora.

CARRAC.—Nombre de la madre.

CUSTODIA.—Mambrú se fué a la guerra.

CARRAC.—No la conozgo.

CUSTODIA.—Y la ley no le da al padre más que un camino: adotar al expósito. Y una vez adotao y una vez sabedores tos nosotros, porque lo semos, de que es su hijo, asunto acabao. Porque ¿lo semos o no lo semos?

CARRAC.—¡Qué duña cabe:

(*Sale Moniquito por la izquierda corriendo, jadeante y sudoroso.*)

CUSTODIA.—¿Ande vas, hombre?

MONIQ.—Ande me dé el aire, porque vengo..., vengo asustao. ¡Acabo de presenciar lo más grande que ha ocurrio en este pueblo desde que ahorcaron a Riego en Madri! Juan Pedro ha regresao por tercera vez.

CUSTODIA.—Se le esperaba.

MONIQ.—Y yo que, la verdá, estaba un poco alebrao con ese romance de la adoción paternal, que yo me creía fruto de la imaginación abundante de aquí... (*Por la Custodia.*)

CUSTODIA.—Sí, sí... (*Con sorna.*)

MONIQ.—...he estao al acecho...

CATALINA.—¿Y qué?

MONIQ.—Que se han encontrao Juan Pedro y don Generoso delante de dos ocnas de multitud. ¡Qué escena más altisonante!

Ochenta abrazos, cuarenta y dos besos, tres pisotones... que m'han dao a mí por meterme en medio... Y de repente don Generoso que se encara con tos y dice: "¡Aquí lo tenéis! ¡Es mi hijo!" Y al Bizco de la Colasa, que le pareció que se sonreía, le tiró la carabina a la cabeza y lo escalabró.

CARRAC.—No hay que contrariarle, ¿eh?

CUSTODIA.—Es claro.

MONIQ.—Y se estuvo llorando obra de media hora...

CARRAC.—¿El escalabrao?

MONIQ.—¡El mesmo don Generoso, que echaba unos cuajarones de lágrimas como catedrales!

CUSTODIA.—(Radiante.) ¡Digo!

MONIQ.—Pero aquí viene lo tremendo, hermana Custodia... Sacó un pañuelo de hierbas, se secó el llanto con mucha propopeya... ¡y curao!

CATALINA.—¿Qué dices?

CARRAC.—¿Curao?

MONIQ.—¡Curao! Lo primero que le dijo a Juan Pedro fué lo siguiente: "¡Qué siento, como te legaré un nombre honrao, no dejarte un caudal que he dilapidao en aventuras! Y luego ha mandao retirar los cartelicos de "Se vende" que tenía puestos hasta en la puerta de la sacristía, y que tos habían respetao por lástima. Y por último, se ha encarao conmigo pa decirme: "¡Cuánto daría por encontrarme a Espartero pa convidarle a lo que más le guste!" Y por ahí anda del brazo de Juan Pedro, más feliz que un recién casao.

CUSTODIA.—Y ahora ¿qué dices de esta tía curañdera?

MONIQ.—¡Eh, cuidao! Que me se olvidaba lo mejor. Que hace cerca de un año que en ca don Generoso duerme a diario San Roque!

CARRAC.—¡Escucha! ¡Míalo por donde!

CATALINA.—Es verdá...

(Expectación.)

CUSTODIA.—¡En los ojos se le ve que es otro hombre!

MONIQ.—Echase a un lao, que no quiere plática más que con Juan Pedro. ¡Echarse a un lao! (Empujando a todos hacia la derecha.)

CUSTODIA.—¡Pa eso es su hijo!

CARRAC.—¡Reconchis! Da gusto de verles...

MONIQ.—¡Es lo grande del mundo!

(Mutis de todos por la derecha. Por la izquierda sale don Generoso, siguiéndole de cerca Juan Pedro, sombrero en mano.)

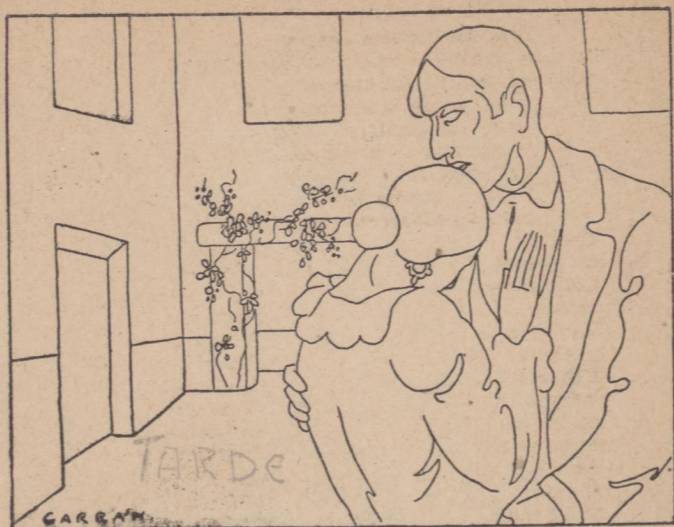
DON GENER. Ven, hijo, no te separes;  
que escuche tu aliento cerca,  
que lleve tu espalda moza  
la cruz de mi historia vieja.

Mis dos amores reviven  
y frente a frente se encuentran:  
el hijo de los ensueños  
y el haz de la madre tierra.  
Ven, hijo, mira a tu madre  
y aprende a buscar en ella  
sustento, brío, ternura,  
virtud, amor y belleza.  
*(Encarándose con el paisaje.)*

Castilla  
la Nueva.  
Llanura  
reseca.  
Terrones  
y glebas.  
Encinas  
leñeras  
en lomas  
escuetas  
—cabezos  
apenas—  
con humos  
de sierra.  
Palomas  
que vuelan,  
cansinas,  
sedientas.  
La yunta  
mulera  
que arrastra  
la reja,  
y un mozo  
sin pena  
que empuña  
la esteva  
y el páramo  
alegra  
con suaves  
cadencias  
de breves  
endechas.  
Agosto...

P.T.  
Pereza...  
Silencio  
que atruena...  
Bochorno...  
Soñera...  
Jadeo  
de siesta...  
Zumbido  
de abejas...  
Cigarras  
plebeyas  
que estriden  
sin tregua...  
Y hormigas  
discretas  
limpiando  
las eras...  
Molinos  
de vela,  
bajeles  
en tierra,  
fragatas  
manchegas  
que bogan  
esbeltas,  
solemnes,  
soberbias,  
con vientos  
que crean  
y en mares  
que inventan...  
¡No era sólo el Caballero!...  
¡También los molinos sueñan!

TELÓN RÁPIDO Y MUTACIÓN



## CUADRO SEXTO

Patio principal de la casa de SAGRARIO, o sea el mismo decorado del cuadro tercero, sin las mesas de las azafraneras. También es por la tarde. Hay sillas en abundancia alrededor del patio.

(Aparecen Sagrario y sus invitados y sirvientes sentados unos, de pie otros. Sagrario, a la derecha, y Juan Pedro, a la izquierda, junto a don Generoso, que, ajeno a la fiesta, lee un libro. En el centro del grupo del fondo, Miguel, Micael y Francisco. Custodia y Lorenza atienden a unos y otros, sirviéndoles mantecados en bandejas y vino en vasos. Cuatro parejas bailan jotas en el centro. Tres o cuatro hombres rasguean guitarras.)

nº 13

### MUSICA

J. PEDRO.

|| Bisturí, Bisturí  
se quería casar,  
y quería vivir  
a la orilla del mar.  
Y gastaba' chaqueta,  
pantalón y fusil.

Y por eso le llaman  
Bisturí, Bisturí.

MICAEL.—(Recitado.) ¡Venga' el cantar de la novia!

TODOS.—¡Eso! ¡Bien! ¡Venga!...

### CANTADO

SAGRARIO. Manzanares, Manzanares  
ya no es tierra de manzanos;  
pero en mujeres bonitas  
no hay quien le gane la mano.  
Son esbeltas y bizarras,  
son graciosas y arrogantes.  
¡Pa gustarle al que me gusta  
quién fuera' de Manzanares!

TODOS. A la Mancha, manchegos,  
que hay mucho vino,  
mucho pañ, mucha carne,  
mucho tocino.  
Y aunque veas un Sancho  
no te alborotes,  
porque quedan hogaño  
muchos Quijotes.

CUSTODIA.—(Hablado.) ¡Y ahora... el del novio!

TODOS.—¡Venga! ¡Digo! ¡Ole!... (Etcétera, etc.)

J. PEDRO. — Quisiera ser tu pañuelo  
y quisiera ser el aire;  
lo primero, pa envolverte;  
lo segundo, pa besarte.

TODOS. El cariño es avaro  
como un judío,  
y por eso se dice:  
¡Cariño mío!  
Si me quieres, te quiero;  
pero ya sabes  
que te encierro en un arca  
con siete llaves.  
"Bisturí, Bisturí..., etc."  
(Vuelve el baile hasta el final del número.)

### HABLADO

MICAEL.—Mu bien cantao y mu bien bailao. Y ahora me tomo  
licencia, como el más viejo de la casa, quitando a éste (Por  
Francisco.), pa dar el parabién al nuevo amo, que presto lo  
será, si Dios quiere, y al ama Sagrario, que se despide de su

soltería, y al amo Miguel, que entre tos le buscaremos novia guapa, sin olvidar a don Generoso, que fué mi primer amo, y muchos años lo güelva a ser, como agüelo, y yo que lo vea.

DON GENER.— Muchas gracias, Micael por tus lisonjas, de las cuales no es la menor el haber callado que soy más viejo que tú.

MICAEL.— Hablo de los criaos, don Generoso.

SAGRARIO.— ¡Gracias a Dios que el abuelo (Por don Generoso.) dió tregua a su lectura!

DON GENER.— Cada cual se regocija a su modo... Yo, rele-yendo mi viejo breviario, y tú, bullendo de grupo en grupo, cantando jotas castellanas y comunicando a todos tu alegría por los hilos de luz de tus ojos.

SAGRARIO.— No puedo negar que casi lloro de contenta. Y no lo disimulo, como Juan Pedro, que parece preocupado y triste...

DON GENER.— Parecer no es estar... La alegría es señora de tanto respeto que también se la reverencia callando.

CUSTODIA.— Y ¿qué oraciones lee don Generoso en su brevia-rio viejo?

DON GENER.— Prosa de Cervantes, en la vida gloriosa del más discreto hidalgo de la Mancha.

(*Entra Moniquito por la izquierda.*)

SAGRARIO.— ¡Vamos, hombre! Creí que no venías...

CUSTODIA.— Y de venir, no vengas mohino.

MONIQ.— Calle usted, mi ama. Yo no soy ya sombra de mi cuerpo... Desde que me se casó la Catalina... (*Gimoteando.*)

CUSTODIA.— ¡Jinojo, que propensión tenéis los hombres pa llorar!

MONIQ.— Esto se lo debo yo a Carracuca, que me ha quitao la novia y me ha dejao, en cambio, esta facilidad p'al lagrimo. Güeno, ¿y qué? ¿De reconocimiento? ¿Cuándo es la boda? ¿Se han cogio muchas uvas? ¿Se pue ver la cama?...

CUSTODIA.— ¡So, Poderoso! ¡Mia que vienes incongruente!

MICAEL.— Se puede ver la cama y todo el ajuar de la novia.

MONIQ.— Pues ¡amos a verlo! Que en el pueblo ha más de un mes que no sabemos qué creticar.

SAGRARIO.— ¡Qué Moniquito!

MONIQ.— Ya sé yo que el ajuar del ama no lo llevó doña Isabel segunda; pero...

SAGRARIO.— Pasar conmigo. Yo, del brazo del abuelo.

DON GENER.— ¡Dios te bendiga!

SAGRARIO.— Y con permiso del ingenioso hidalgo.

(*Van entrando todos por las dos puertas de la derecha.*)

MONIQ.

¡Lo que va de ayer a hoy!

—le decía Paco a Pocho—.

¡Mia que ayer ser decisiete  
y estar hoy a deciocho!...  
(Mutis de todos menos Juan Pedro.)

no 14 E MUSICA

- Popitas
- J. PEDRO. Tengo una angustia de muerte,  
siento un afán interior,  
que de vergüenza me muero  
como si fuera un ladrón.  
Aunque me cueste la vida  
le he de decir la verdá,  
porque el amor de mi pecho  
no puede ser desleal.  
(Aparece Sagrario en la primera de la derecha  
y se acerca a Juan Pedro, que está sentado y  
caviloso.)
- SAGRARIO. ¡Qué tienes, amor mío!  
¡Cariño, qué te pasa!  
Ven a que yo te alivie  
las penas de tu alma.
- J. PEDRO. (De pie, respetuoso y grave.)  
La pena que yo tengo  
no es nube de verano.  
Perdona que me calle...  
y olvídame, Sagrario.
- SAGRARIO. Si quieres que te olvide,  
me obligas a morir.
- J. PEDRO. Escúchame, Sagrario...
- SAGRARIO. Escúchame tú a mí.  
Lo que tú quieres decirme  
ya me lo sé de memoria:  
que tu prosapia de hidalgo  
es fingida y engañosa.
- J. PEDRO. ¡No me maldice tu orgullo  
si dejo de ser lo que era!
- SAGRARIO. Es que a mi orgullo le basta  
que los demás se lo crean.
- J. PEDRO. ¡Manchega! Tu cariño  
me da la vida.
- LOS DOS. ¡Te quiero!
- J. PEDRO. Cariño tan callado  
como seguro...
- LOS DOS. ¡Tan bueno!  
Tus labios siempre callen
- Me gusta  
Martín  
Vda  
Toda



lo que nosotros  
sabemos.  
¡Qué hermosa la alegría  
de compartir  
el secreto!  
Ven a mis brazos,  
que muy cerquita  
quiero mirarte...  
¡Y nada nos importe  
de nadie!

*S. 1. ra*  
HABLADO

SAGRARIO.—Así me gusta oírte... Y que entre los dos no haya desde ahora más que confianza y lealtá...

J. PEDRO.—Pero ¿y don Generoso, ese santo varón que no es mi padre?...

SAGRARIO.—Su voluntá y las leyes te lo han dao... Ven, hombre de conciencia, mírame... *(Cogiéndose las manos.)*

J. PEDRO.—¡Calla!...

*(Sale don Generoso por la derecha con su libro en la mano, cerrado.)*

DON GENER.—“La infanta viene a ser su esposa, y su padre viene a tener en gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa.”

SAGRARIO.—Salvo que aquí la infanta no es más que una estica que, por muchas talegas que encierre, no podría estrechar sus blasones, como se aparta el trigo achando granzas.

J. PEDRO.—*(Suplicante.)* ¡Sagrario!...

DON GENER.—A eso también responde don Alonso: “Porque hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo; unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo a deshechó..., y los tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado a grado hasta llegar a ser grandes señores...” *(Apartándose a la izquierda.)* Bueno está lo bueno, hija mía.

SAGRARIO.—*(A Juan Pedro.)* Y ¿quieres tú volverle a su lo-  
ca?

J. PEDRO.—También con él me callo y... viva feliz.

*(Empiezan a salir por la derecha todos los personajes de las escenas anteriores. Por la izquierda viene Catalina con dos libros de la mano.)*

CATALINA.—¡Viva la novia, digo yo también!

SAGRARIO.—Ya pensé que estabas sentía.

CATALINA.—¿Qué voy a estar sentía?

*M. Torres*  
CUSTODIA.—Y ¿qué tal te prueba el matrimonio?

CATALINA.—Ni mejor. Al principio no congeniábamos. Pero ya le he cogido el aire a mi marido y... ¡ni más felices! ¡Mialo usted por donde llega!

CARRAC.—*(Por la izquierda. Dentro, estentoreo y iccundo.)*  
¡Que guénas tardes!...

*(Sale, de la mano de otro chico, con la cabeza vendada y con un brazo en cabestrillo.)*

CUSTODIA.—¡Graa...cias a' Dios!

CARRAC.—Yo, tan güeno. ¿Y ustés?  
*(Gran algazara.)*

*con Bisturi, Bistore, etc.*  
TELON RÁPIDO



